

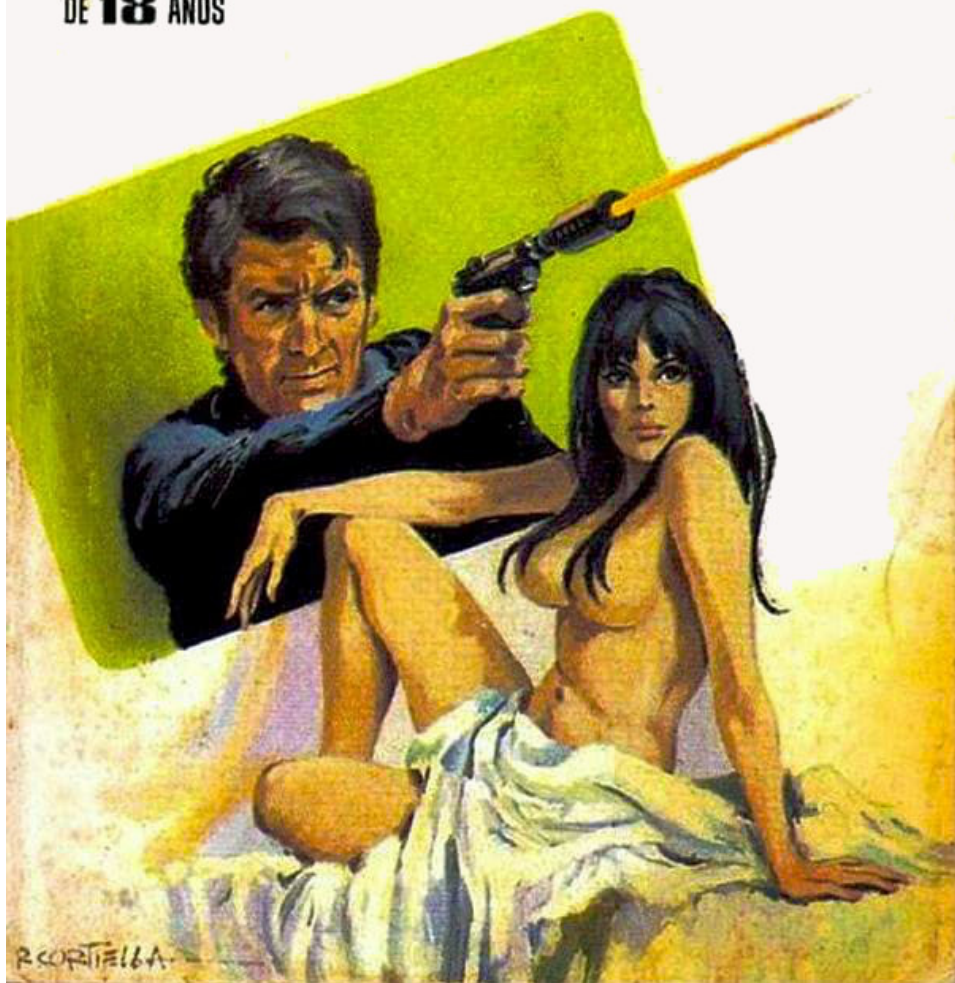
SERVICIO  
SECRETO

Ss

# HEMBRA DE FUEGO

Clark Carrados

SOLO MAYORES  
DE **18** AÑOS



R. CORTIÉLA

El atraco les ha salido perfecto a los forajidos. Doscientos mil pavos de botín y ni un fallo. La operación ha resultado óptima. Aunque, sí, han tenido un pequeño fallo. Pero no tiene demasiada importancia. A fin de cuentas, el muerto no pertenece a la banda que asaltó el Banco. Se trata de un infeliz que pasaba en aquel momento, un transeúnte de los muchos que circulaban por las inmediaciones del lugar donde se ha producido el suceso. Bah, para ellos, menos que nadie.

Los atracadores salían ya con su botín, sin que se hubiese producido la menor alteración, ni una voz más alta que otra, ni un solo disparo. Entonces fue cuando pasaba aquel pobre hombre. Debió ver algún conocido, porque levantó la mano, para llamar su atención. Los atracadores han creído que se trataba de un policía que hacía señas a algún compañero apostado en las inmediaciones. Entonces, uno de ellos le ha metido cuatro balas en el cuerpo, así como suena. El pobre hombre ha caído sin decir ni pío, sin saber siquiera lo que ocurría.



Clark Carrados

# Hembra de fuego

**Bolsilibros - Servicio Secreto - 1502**

ePub r1.1

Lds 31.01.18

Título original: *Hembra de fuego*

Clark Carrados, 1979

Cubierta: Rafael Cortiella

Colección SERVICIO SECRETO n.º 1502. Bruguera – 1979

Colección PUNTO ROJO n.º 48. Ediciones B – 1993

ePub modelo

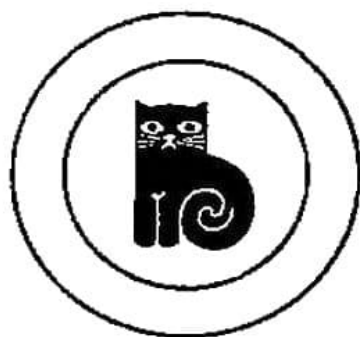
LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO  
SECRETO**



## CAPÍTULO PRIMERO

El atraco les ha salido perfecto a los forajidos. Doscientos mil pavos de botín y ni un fallo. La operación ha resultado óptima. Aunque, sí, han tenido un pequeño fallo. Pero no tiene demasiada importancia. A fin de cuentas, el muerto no pertenece a la banda que asaltó el Banco. Se trata de un infeliz que pasaba en aquel momento, un transeúnte de los muchos que circulaban por las inmediaciones del lugar donde se ha producido el suceso. Bah, para ellos, menos que nadie.

Los atracadores salían ya con su botín, sin que se hubiese producido la menor alteración, ni una voz más alta que otra, ni un solo disparo. Entonces fue cuando pasaba aquel pobre hombre. Debíó ver algún conocido, porque levantó la mano, para llamar su atención. Los atracadores han creído que se trataba de un policía que hacía señas a algún compañero apostado en las inmediaciones. Entonces, uno de ellos le ha metido cuatro balas en el cuerpo, así como suena. El pobre hombre ha caído sin decir ni pío, sin saber siquiera lo que ocurría.

Como digo, el atraco ha resultado perfecto. Con ese pequeño fallo, claro, el del transeúnte muerto. Pero pequeños efectos, se dice, producen grandes causas. Y la muerte del don nadie, será la causa de la ruina de esos atracadores, porque da la casualidad de que el muerto era esposo de mi hermana mayor. Durante el entierro, me he jurado a mí mismo encontrar a esos hijos de perra y hacerles pagar caro ese crimen repugnante.

Es posible que, de haber sabido lo que iba a pasar, se hubieran abstenido de atracar el Banco. Pero ya ha sucedido y no hay más remedio. Ahora ya sólo falta que me ponga en campaña. Los encontraré, me prometo a mi mismo una y otra vez.

No será fácil. Es una banda compuesta por tipos muy hábiles y escurridizos. Llevan ya un botín de casi un millón de dólares, en cinco golpes sucesivos y, hasta ahora, nadie les ha podido echar el guante. Pienso hacerlo yo.

\* \* \*

Han pasado algunos días. Mi hermana empieza a resignarse a la idea de que ya no verá más a su esposo. Tiene tres hijos y deberá concentrarse en ellos. La vida, desgraciada o afortunadamente, tiene que seguir.

Aunque apenas he hecho nada estos días, he podido averiguar, sin embargo, un detalle muy importante. Los atracadores utilizaron un solo coche, lo clásico en estos casos. Un chófer al volante, con el motor en marcha, tres tipos que entran en el Banco, pistola en mano... Pero un poco más atrás había aparcado un coche deportivo, de color dorado, conducido por una mujer, la cual salió a toda velocidad apenas oyó el primer disparo. Informaciones que han llegado hasta mi aseguran que también se vio un coche deportivo, con una mujer al volante, en uno de los atracos anteriores por lo menos.

Puede ser que no tenga nada que ver con el asunto, pero valdrá la pena investigar en esta dirección. Sin embargo, antes de que transcurra una semana, recibo una llamada telefónica. Es de una tal Minerva Graham. El nombre me suena, aunque, de momento, no recuerdo de qué. La señora Graham declara tener mucho interés en verme cuanto antes. No puedo negarme a acudir a la llamada, aunque no me comprometeré a nada.

En el camino me detengo en «El As de Diamantes», un local propiedad de un antiguo conocido mío, a quien le presté el dinero para que montase su negocio. Luke Barris es un tipo que ve, oye mucho y calla todo... salvo lo que le conviene.

Barris alarga la mano por encima del mostrador.

—Lo siento, Dusty —dice.

Hago un gesto de asentimiento. Para la cantidad de cosas que sabe, Barris es hombre de pocas palabras en ocasiones. En silencio, me pone una buena dosis del *whisky* especial que guarda para los amigos. Luego se acoda en el mostrador. A estas horas de la

mañana, no hay gente.

—Me imagino que te vas a lanzar a la búsqueda de los atracadores —murmura.

—Sí, Luke.

—Creo que puedo darte una pista. ¿Has oído hablar alguna vez de un tipo llamado William Gartner?

—No. ¿Quién es?

—Hay quien sostiene se trata de un psicópata. Le gusta apretar el gatillo.

—Hay muchos tipos así.

—No como Gartner. Le llaman «Billy el Niño». ¿Sabes por qué? Siempre lleva dos revólveres, como aquel famoso pistolero del siglo pasado. Naturalmente, tiene que llevarlos ocultos y usa siempre chaquetas más largas de lo habitual. Uno de los atracadores llevaba una chaqueta larga, Dusty.

—Interesante —comento—. ¿Cómo es Gartner?

—No lo sé. No son muchos los que le han visto la cara. Además, parece que los atracadores iban maquillados. Su aspecto, por tanto, quedaba completamente desfigurado.

—Ya. Mucha pasta en las mejillas, bigotes postizos y demás.

—Exacto.

—Luke, se dice que había una mujer también complicada en el asunto, aunque no intervino. ¿Sabes algo?

—No, Dusty. De todos modos, voy a darte un consejo. Habla con Iris Blake.

Levanto las cejas, sorprendido.

—¿La dueña del Sex-Paradis?

Barris hace un gesto de asentimiento.

—También ve y oye muchas cosas. Sin embargo, no puedo garantizarte su cooperación. Eso ya es cosa tuya.

—Iré a verla, Luke.

Meto la mano en el bolsillo para buscar un billete, pero Barris hace un gesto.

—Suerte, Dusty.

—Debieras deseársela a los atracadores —murmuro.

—Sí, la van a necesitar —admite mi amigo.

Minerva Graham reside en una villa lujosa, con jardín, dividido en tres planos distintos, muchos árboles, abundancia de césped y flores y, cómo no, también una gran piscina. Dos hermosos Doberman, negros como la noche, se mueven blanda y silenciosamente por la propiedad, cerrada por una puerta de funcionamiento eléctrico. Una doncella, ataviada clásicamente, me recibe y conduce al salón, en donde me deja para anunciar mi llegada a la dueña de la casa.

Hay un par de cuadros muy interesantes colgados en las paredes. Minerva es una mujer de gusto, no cabe duda. Y con dinero, claro.

De pronto, oigo una voz:

—¿Señor Farralon?

Me vuelvo. Tengo que dominarme para no gritar de sorpresa. Yo había pensado en una mujer madura y tal vez gruesa, pero la que tengo frente a mí es toda una belleza. Alta, de formas perfectas, y cabellos dorados, bruñidos como el metal de los barcos de guerra y que dan la sensación de que lleva puesto un casco bronceado. El vestido, amarillo, es de una impresionante sencillez, pero exquisitamente realizado, con un escote sumamente mesurado. Sin embargo, es fácil adivinar que sus hermosos senos no están sujetos por otra prenda; Minerva no es mujer que necesite de ciertos artilugios.

—Señora Graham...

—Soy soltera —contesta ella. La sirvienta entra, empujando un carrito, en el que hay un servicio de café, de la mejor porcelana—. Puede retirarse, Emilia —indica a la doncella.

—Sí, señora.

Nos quedamos solos. Minerva sirve el café con ademanes llenos de una natural distinción. Yo espero a que hable ella en primer lugar.

Al cabo de unos momentos me mira. Sus pupilas me parecen de color violeta. Son unos ojos muy bellos, me digo.

—Señor Farralon, en primer lugar, permítame expresarle mis condolencias por el trágico suceso en el que perdió la vida el marido de su hermana —habla clara y pausadamente—. Fue algo horrible y me imagino fácilmente en qué estado debe de encontrarse ahora la viuda.

—No se siente bien, en efecto; pero ¿cómo sabe usted...?

—Leo los periódicos. Ese suceso, precisamente, me dio la idea de llamarle. Hacía ya tiempo que deseaba encontrar un hombre adecuado y creo que lo he conseguido.

—No entiendo qué relación pueda tener usted con un atraco...

—Permítame que le explique, por favor —me interrumpe ella suavemente—. Yo también tengo interés en esos atracadores. Sospecho que son los mismos que me secuestraron hace un año y a los que, para volver a ser libre, tuve que pagar medio millón de dólares.

La declaración me llena de sorpresa.

—No lo sabía —manifiesto.

—Fue un suceso que pasó inadvertido. Los secuestradores eran cuatro hombres, dirigidos por una mujer. No sé dónde me tuvieron encerrada un par de semanas. Sólo recuerdo una habitación, en la que había el mínimo indispensable de muebles. A ellos no pude verles la cara, ni a la mujer tampoco. Cada vez que alguno entraba en mi encierro, iban encapuchados. Y ella también, por supuesto. Por extraño que le parezca, el medio millón que pagué, constituía casi toda mi fortuna. Aún no he podido reponerme del quebranto económico sufrido, aunque sería capaz de vender mi casa y cuanto me queda, con tal de desenmascarar a esos forajidos.

Hago un gesto de escepticismo.

—Señorita Graham, después de un año, resulta vano esperar que pueda recobrar ese dinero —le digo.

—No se trata de dinero. En los primeros momentos, me negué rotundamente a pagar un solo centavo. Entonces, esa mujer ordenó algo...

Veo a Minerva que se siente repentinamente muy agitada. Sus senos bailan debajo del vestido. Enrojece.

—Es preciso que hable con claridad —continúa, tras una breve pausa—. La mujer ordenó que me violaran. Cuatro hombres me violaron, uno tras otro, y ella estaba presente y reía burlonamente bajo su capucha, mientras yo era sometida a las mayores vilezas... indignidades que usted no sabría imaginarse siquiera...

Levanto la mano.

—Por favor, no siga, ya tengo bastante.

Minerva respira con fuerza.

—Tuve que pasar después un par de semanas en un hospital. El

trauma psíquico, sin embargo, durará mucho más tiempo, quizá mientras viva.

—Comprendo. Pero es joven...

—Sí, ya sé lo que va a decir. Con el tiempo, olvidaré. Puede ser, pero no por ello voy a desistir de mi venganza.

Ella se levanta de pronto, va a una consola y vuelve con un paquete que lanza sobre mi regazo.

—Hay diez mil dólares. Gaste todo el dinero que desee, no me presente minuta... pero encuentre a esos forajidos. Y a ella también. Quiero que pague lo que me hicieron... y usted debe desear también que los castiguen por el asesinato del marido de su hermana, supongo.

Reflexiono unos instantes. Luego digo:

—Señorita Graham, el mundo no perderá nada si esos tipos se van al infierno, pero ¿he de entender que me contrata como detective o cómo pistolero? Si desea que los busque y los mate a tiros, llame a otro.

—No he contratado a un asesino profesional, sino a un hombre hábil y competente, que sabrá hacer lo que se debe en un caso como el presente —responde ella.

—Eso ya está mejor. De modo que fueron cuatro hombres y una mujer.

—Sí, en efecto.

—Todo el tiempo, es decir, cuando los tenía a la vista, iban encapuchados. Pero tenían que hablar. Llevarían las manos desnudas, por lo menos. Trate de recordar detalles de las voces y de las manos. La mujer, ¿era joven? ¿Podía verle la figura? ¿Usaba pantalones o falda? En el segundo caso, le vería las piernas...

Minerva sonríe.

—Por desgracia, tengo un montón de recuerdos de las dos semanas que pasé encerrada —contesta.

Habla durante algunos minutos. Anoto cuanto dice. Son pequeños detalles, pero pueden conducir a pistas interesantes.

—Hay una cosa que me extraña, sin embargo —digo.

—¿Qué es, señor Graham?

—Usted permaneció secuestrada dos semanas. ¿Nadie le echó de menos?

—Había decidido tomarme ese tiempo de vacaciones. Todo el

mundo creyó que había estado ausente de la ciudad.

—Menos la persona que gestionó conseguir el dinero del rescate.

—No lo hizo nadie. Cuando cedí, me pusieron en la mano una pluma y mi propio talonario de cheques.

—Ellos mismos se encargaron de conseguir el dinero.

—Sí. Es más, me llevaron a una habitación con teléfono, con los ojos vendados, por supuesto, y hablé con el director del Banco, para que no opusieran dificultades a la entrega del dinero.

—Una labor muy inteligente —comento—. ¿Y después?

—Me narcotizaron. Desperté a bordo de mi coche, volcado en la cuneta de la carretera.

—Supieron hacerlo bien, no cabe duda. Y ese secuestro la dejó arruinada...

—Soy diseñadora de modas y he tenido bastante éxito, pero el dinero no llega tan fácilmente como la gente cree. Empecé desde muy joven, antes de cumplir los veinte años. Ya me había independizado, pero este secuestro me ha hecho perder facultades. Ya no soy la que era y me cuesta muchísimo diseñar una colección. Sin embargo, ahora tengo una interesante oferta de unos grandes almacenes. Seré una especie de burócrata... pero creo que no voy a tener otro remedio que aceptarla.

—Le deseo toda suerte de éxitos —murmuro.

Minerva me tiende la mano.

—Yo también le deseo éxito a usted —dijo intencionadamente.

Necesitaré suerte, pienso, cuando abandono la casa, vigilado por los Doberman. Deben de estar bien entrenados o ya me habrían despedazado.

## CAPÍTULO II

En la puerta del Sex-Paradis —no cabe duda que, según lo pintan, debe de ser el paraíso del sexo—, hay unos rótulos que indican discretamente lo que el cliente puede encontrar en su interior. Naturalmente, no se menciona el importe de los distintos servicios que las chicas de Iris Blake prestan a los visitantes. Franqueo el umbral y me encuentro en un amplio recibidor, semicircular, con abundancia de fotografías eróticas. Las damas, preciso es reconocerlo, resultan muy atractivas y excitantes.

En uno de los lados hay un mostrador. La mujer que está sentada detrás me mira con sonrisa profesional.

—Hola —saluda melosamente—. ¿En qué podemos servirle? La tarifa es de dos dólares el minuto. Si desea dos chicas, la tarifa es doble. Pero en esta casa, el cliente siempre tiene razón.

—Lo que significa que se hace lo que el cliente pide.

—Sin aumento en la tarifa —contesta Iris Blake—. Por supuesto, hay servicios que se cobran aparte: bebidas, con o sin afrodisíacos, proyección de películas, fotografías... Depende de los gustos del Cliente, caballero.

—Como cliente, declaro que me gusta la dueña.

Iris me mira sorprendida. Es una mujer de pecho robusto, abundante, figura voluminosa y anchas caderas. El pelo es teñido, naturalmente. Sabe mucho de todo, se adivina en su expresión.

—¿Quieres decir... conmigo?

Saco un rollo de billetes.

—Tú y yo solos. No me gustan los tríos.

Iris sonrío. Toca una tecla y se inclina hacia el interfono.

—Polly, ven a atender el mostrador. Estaré ausente un rato —dice.

—Está bien —contesta alguien allá adentro.

Iris se pone en pie y se cuelga de mi brazo.

—¿Vamos?

Atravesamos un corredor y entramos en una enorme habitación, circular, con espejos en el techo y en dos de los lados. La cama es capaz de contener media docena de parejas con holguras. Hay bebidas y, en otro sitio, un proyector cinematográfico, un tocadiscos y *casetes* de películas y de música.

—De modo que a dos dólares el minuto —digo.

Iris pone en marcha un reloj eléctrico.

—Ya cuenta el tiempo —declara profesionalmente—. ¿Me desnudo? ¿O prefieres una copa antes?

—Dame una copa, Iris.

Mientras la llena, me hace una sugerencia:

—Si tienes algún capricho, dilo sin rodeos. Aquí se hace siempre lo que pide el cliente.

Me entrega la copa y añade:

—¿No te gustaría que llamase a alguna de las chicas? Entre ella y yo podríamos hacer unos numeritos preciosos...

—Iris, estaremos tú y yo solos y te pagaré a cinco dólares el minuto —respondo.

Ella me mira recelosa.

—Si te gusta azotar a las mujeres, no cuentes conmigo —exclama—... Sexo, todo lo que quieras; somos comprensivas y complacemos al cliente. Pero nada de azotes ni cosas por el estilo. Sadismo, no.

—Cinco dólares por minuto..., o quizá diez, si me dices dónde puedo encontrar a un tipo llamado William Gartner.

Iris se pone rígida en el acto.

—Eres un detective —adivina.

—Sí.

—¿Por qué buscas a ese tipo?

—Eso es cuenta mía. ¿Sabes o no dónde puedo encontrarlo?

Ella se muerde los labios.

—Hace mucho que no lo veo —responde.

—Debe de ir a alguna parte, en alguna ocasión, ¿no?

—Antes era un buen cliente —dice Iris pensativamente—. Y muy resistente. En una ocasión se llevó a tres chicas a la vez. Salieron

agotadas.

—No me interesan las hazañas viriles de Gartner. Lo que quiero es encontrarlo —insisto.

—Hace algún tiempo, solía acudir a tomar una copa al  
*Derby's*

. Está en la Calle Cuarta. Es todo lo que puedo decirte.

—Gracias.

Miro el reloj. Sólo han pasado cuatro minutos. Pero pienso que la información vale más y saco un rollo de billetes.

—¿Cómo? ¿Te marchas ya? —se asombra Iris—. Sin... sin nada...

La contemplo unos instantes. De pronto, ordeno:

—Levántate la falda.

Ella obedece. Los muslos son muy blancos, redondos. No están mal.

La empujo con una mano y cae de espaldas, y yo sobre ella.

Yo me recobro enseguida y me levanto rápido.

—Más... —pide ella ansiosamente—. Quédate... no te cobraré nada...

—Te ha gustado, ¿eh?

—Cielos, eres algo único.

—Estás des acostumbrada, eso es todo. —Dejo caer unos billetes sobre su desnudo vientre y me voy hacia la puerta—. Cierra el pico sobre Gartner, si sabes lo que te conviene —aviso.

—¡Espera! —grita—. Todavía no me has dicho tu nombre...

—Pete —miento.

Abro la puerta y salgo. La chica que está ahora en recepción, me mira con sorpresa.

—Ha ido rápido —comenta.

—Soy impotente —digo, tan fresco.

Ella abre la boca, formando una o muy atractiva.

—Aquí curamos esa enfermedad...

—Otro día, doctora —me despido definitivamente.

Salgo a la calle, un tanto asqueado de mi mismo.

Apenas hace ocho días que enterramos a mi cuñado y ya he estado gozando con una puta, como si no hubiese pasado nada. La verdad es que no he podido contenerme. Pero eso no me anima precisamente.

Cuando pienso en el  
*Derby's*

, me siento un poco mejor. Voy a ese bar, estoy unos minutos y luego dejo caer una pregunta al hombre del mostrador. El tipo dice que Gartner lleva mucho tiempo sin acudir allí y que no sabe dónde vive. La vista de un billete de diez dólares no estimula su memoria. Añado otro, pero tampoco consigo nada. Veo claramente que el tipo no quiere jaleos y me marchó.

\* \* \*

Al día siguiente, voy a Jefatura. Tengo un amigo y éste me permite examinar las carpetas de los atracos en que han intervenido cuatro hombres, uno de ellos con chaqueta larga. En dos de los casos, se vio el coche con la mujer, que salió de estampida al huir los atracadores del Banco asaltado.

Nadie sabe cómo es la mujer. Llevaba puesto un pañuelo, anudado bajo la barbilla, que impedía ver siquiera el color de su pelo. Usaba grandes gafas de color y a algunos testigos les pareció siquiera que no llevaba pintados los labios. Los testigos, sin embargo, recuerdan el coche, un deportivo descapotable, de color dorado metálico, extranjero, por supuesto.

La suma de lo conseguido en los cinco atracos roza el millón de dólares. Hay un intervalo de cuatro o cinco semanas entre cada asalto. Se ve que antes de dar el golpe, lo planean meticulosamente.

No hay el menor rastro de los atracadores. El coche que usaban, uno corriente, de color gris azul claro, ha desaparecido como tragado por la tierra. Devuelvo las carpetas, doy las gracias a mi amigo y salgo a la calle.

Subo a mi coche. Volveré a casa para hacer unas cuantas llamadas telefónicas. Dispongo de dinero y puedo pagar a los confidentes. De pronto, veo que me pasa un coche descapotable, color dorado metálico, conducido por una mujer.

Me disparo tras el coche. Un semáforo nos detiene y me sitúo al lado. La conductora se vuelve. Lleva gafas de color, pero no pañuelo sobre la cabeza. Me mira y sonrío. Es Minerva Graham.

Hace ciertas señales con la mano. Arranco tras ella y la sigo. Poco después, se estaciona frente a un bar de discreta apariencia y

abandona el coche. Yo la sigo.

Entramos en el bar, desierto a aquellas horas. Una mujer de rostro amargado pregunta qué deseamos tomar.

—Café —dice Minerva.

—Que sean dos —indico.

La mujer se va a la cafetera. Minerva me mira.

—Le he visto muy sorprendido —dice.

—He oído hablar de un coche como el suyo, visto durante dos de los atracos —respondo.

—Sí, lo sé, pero yo no tengo nada que ver con ese asunto. Hace ya dos años que me compré el coche. Puedo demostrarlo.

—Mejor para usted.

Tomamos el café.

—¿Ha averiguado algo? —pregunta Minerva.

—Muy poca cosa...

Me interrumpe de repente. Dos tipos acaban de entrar en el bar y se encaminan a un rincón del mostrador. Son caras que no me gustan en absoluto. Los conozco y conozco también sus medios de vida.

—Tengo prisa —me disculpo. Dejo un billete sobre el mostrador y abandono el taburete—. Será mejor que se marche —aconsejo.

Minerva se extraña de mi recomendación, pero no dice nada y obedece en silencio. La veo subir al coche y arrancar. Entonces, vuelvo al interior del bar.

La mujer ha desaparecido. Uno de los tipos cruza el local, cierra la puerta y coloca el cartelito de cerrado.

—Tenemos un recado para ti, Dusty —dice Harvey Keegan, alias «El Zarpas», debido al tamaño descomunal de sus manos, con los dedos curvados por un cierto defecto congénito, en las últimas falanges. Pesa noventa kilos y es un especialista en romper huesos. De Keegan se dice que, en alguna ocasión, ha conectado una grabadora, a fin de recoger los gritos de dolor de la víctima apaleada y los chasquidos de los huesos fracturados.

El otro es un mastodonte de casi cien kilos, con la nariz alargada de un modo muy peculiar. Su tamaño y la forma de la nariz han dado origen a un apodo que resulta inevitable en sus circunstancias: «El Elefante». Son matones, que viven de intimidar a la gente por un puñado de dólares.

—Adelante, te escucho —invito.

—No es nada personal, compréndelo, pero nos han encargado te digamos que no metas las narices donde no debes.

—Además —tercia «El Elefante»—, vamos a hacerte una demostración práctica de lo que les sucede a los tipos demasiado curiosos.

Con estos cabrones, pienso, no valen las contemplaciones. «El Elefante» está hablando todavía, cuando disparo mi pie derecho y golpeo venenosamente su rodilla. El mastodonte lanza un aullido y empieza a saltar a la pata coja.

Keegan se arroja sobre mí. Interpongo una mesa en su camino y el tipo cae de bruces y la hace astillas. Antes de que se reponga, ya tengo una de las patas en la mano. Es una buena estaca.

Cuando se levanta Keegan, ve la pata de la mesa dirigida directamente a su boca. Golpeo seca, despiadadamente. Oigo ruido de labios machacados y dientes. Le doy otro garrotazo en la oreja izquierda y cae sin conocimiento.

El instinto me hace saltar a un lado, justo en el momento en que el otro se arroja sobre mí. Hugh Morris, alias «El Elefante», está a punto de perder el equilibrio, pero logra recobrarse. Cuando se gira, le arreo un tremendo estacazo en los testículos. Cae sentado, con las manos en la entrepierna, lívido, a punto de perder el conocimiento.

—¿A quién ibais a recomendar silencio? —pregunto, burlón.

Morris jadea, tiene la boca abierta, buscando aire. Me inclino sobre él, lo agarro por los pelos y le hago girar, de modo que queda boca abajo. Entonces, le pego un taconazo en la nuca. Su apéndice nasal se estrella contra el pavimento. Berrea, lo mismo que un elefante.

Ahora he puesto un pie sobre su nuca y empiezo a darle garrotazos en el trasero. Morris brama y ruge, impotente ante el castigo. De pronto, noto que golpea el suelo con la palma de la mano. Se rinde, no cabe duda.

Me aparto de él un poco. Hace un esfuerzo y se sienta. Su nariz es una fuente de rojo líquido. No me da ninguna lástima; si no hubiera actuado con viveza, habrían tenido que sacarme en camilla.

Keegan yace espatarrado, boca arriba, con los brazos en cruz. Yo agito la pata de la mesa delante de Morris.

—Puedo seguir —digo claramente.

Morris se encoge de hombros.

—No va a saber gran cosa —responde—. Nos contrataron por teléfono.

—¿Quién?

—«Billy el Niño», es inútil que lo calle.

—¿Le has visto?

—No. Telefoneó al dueño del

*Derby's*

y éste nos llamó, es todo lo que puedo decirle.

—También puedes decirme cómo se llama el dueño del bar.

—Lefty Coophill. Nos pagó doscientos a cada uno...

—Claro, luego él se los cobrará a «Billy» —digo, sarcástico—. Bien, ahora me toca a mí dar el mensaje.

Dile a Gartner que lo encontraré aunque se esconda a mil millas bajo tierra. Eso es todo.

Abandono el bar. Por un momento, pienso en ir a visitar a Coophill, pero prefiero aguardar a la noche, después del cierre. Me conviene sorprenderlo a solas.

Regreso a mi casa. A los pocos minutos, suena el teléfono. Es Minerva.

—¿Qué ha pasado? —pregunta.

—Nada. Aquellos tipos me dieron un recado, de parte de Gartner.

—¿Era importante?

—Oh, sólo querían romperme unos cuantos huesos, para que aprendiera a estarme quietecito en casa, haciendo solitarios o viendo la televisión.

—Adivino que hubo pelea —dice ella.

—Sí, muy divertida. Para ellos, no, claro.

Minerva hace una pausa. Me extraña su silencio y la llamo.

—Eh, ¿sigue ahí todavía?

—Sí —contesta—. Tenga cuidado, señor Farralon.

—Mi nombre completo es Reid Thomas Farralon, pero puede llamarme Dusty. Gracias por el consejo. De todos modos, creo que he adelantado algo.

—¿Sí, Dusty?

—Tengo la impresión de que en esa banda hay un punto débil, precisamente, Gartner. Por fanfarrón, claro.

—Creo que entiendo...

—Mejor para los dos. Cuando sepa algo más, ya la llamaré.

—Gracias, Dusty.

Dejo el teléfono en su sitio. Pienso en Minerva. Me la imagino, desnuda, violada, en presencia de una mujer que ríe desaforadamente... ¿Quién puede ser esa mujer que disfruta viendo padecer la mayor indignidad a una persona de su mismo sexo?

Una psicópata, sin duda. Como Gartner, el chico de las dos pistolas.

## CAPÍTULO III

Salgo de casa y ceno en un restaurante. Iré luego a una función de teatro, para entretener la espera, hasta el momento en que Coophill cierre su local. Voy a cambiar unas cuantas palabritas con ese tipo.

Después de cenar, me acomodo en el coche. Apenas me he sentado tras el volante, noto un fuerte golpe en la parte delantera, seguido del inconfundible sonido de unos cristales rotos. Maldigo al estúpido que ha dado marcha atrás, sin medir las distancias.

Una mujer se apea del coche que tengo delante de mí. Yo abandono también el mío. Ella se inclina un momento, contempla los desperfectos y luego me mira compungida.

—No sabe cuánto lo siento —dice.

Yo me acerco a la parte delantera del coche y me inclino un momento. El faro izquierdo está hecho trizas. Hay un pequeño bollo en la chapa. Nada de importancia, salvo la prueba de que algunas personas no debieran conducir un automóvil en los días de su vida.

—Me haré cargo de los gastos de reparación —dice la mujer. Abre su bolso, saca una tarjeta y escribe unas líneas—. Vea al encargado; es amigo mío. No tendrá que pagar un solo centavo por la reparación —añade al entregármela.

—Señora, el seguro...

—Por favor —insiste ella, con su más encantadora sonrisa.

Es muy hermosa y con una silueta tentadora. Tiene el pelo rubio claro. No me atrevo a calcular su edad; es de esa clase de mujeres que lo mismo pueden tener veinte que treinta años. Pero no pasa de los treinta años, en el peor de los casos.

—Bueno, si tanto insiste... —Me echo la tarjeta al bolsillo—. Se lo agradezco, señora Chisholm. —He tenido tiempo de leer su nombre.

Ella me tiende la mano.

—Lamento que hayamos tenido que conocernos en estas circunstancias, señor...

—Farralon, Reid Farralon —me presento.

—Buenas noches, señor Farralon —se despide la rubia. Vuelve a su coche y arranca, ahora con todo cuidado. Aún saca una mano para despedirse de mí.

Una mujer muy atractiva. ¿Estará casada?, me pregunto.

Hay otros asuntos que me interesan más que una aventura amorosa. Rezongando entre dientes, vuelvo al coche. Regresaré a casa; no tengo ganas de que una patrulla de tráfico me eche el guante, por no llevar las luces completas. Tomaré un taxi para acudir al

*Derby's.*

Llego a la vecindad poco después de las once. Doy una pasada rápida por delante del bar. Todavía hay algunos clientes de ambos sexos. Decido esperar en un lugar discreto.

Una fulana pasa y me invita a pasar con ella un rato en su apartamento. No le contesto siquiera. Luego se me acerca un tipo de aspecto inconfundible y me hace la misma proposición.

—Si no te largas en el acto, te corto los huevos —gruño—. Anda y que te gradúen la vista.

El marica se marcha sulfurado. Sigo esperando.

Los clientes del

*Derby's*

empiezan a marcharse sucesivamente. Cerca de las doce, se marcha el último. Coophill se dispone a cerrar la puerta. Cruzo el umbral, con la cabeza gacha.

—Voy a cerrar —dice el dueño.

Lo separo de la puerta de un tirón.

—Tengo un revólver en el bolsillo. No grites —amenazo. Lo del revólver es mentira, pero Coophill, lógicamente, no puede saberlo.

—La recaudación es muy baja... —empieza a decir el tipo. De pronto, me reconoce y se pone lívido.

Cierro la puerta, me vuelvo hacia él y lo agarro por un brazo.

—Vamos adentro.

Coophill obedece sin rechistar. Noto que tiembla como un azogado. Mejor, así me será más fácil hablar.

Entramos en un reservado y lo arrojo contra el diván de la pared de enfrente. Sus dientes castañetean.

—Unos tipos vinieron a buscarme, de parte de Gartner —le digo —. Tú le avisaste, ¿no es cierto?

Coophill suda copiosamente. Levanta las manos suplicante.

—Espere, le diré...

—¿Qué me dirás, hijo de perra?

Se lame los labios.

—Yo... yo...

Sin duda, sabe lo que les ha pasado a Keegan y Morris. Tiene un pánico espantoso a que le pueda suceder lo mismo.

—Avisaste a Gartner, lo cual significa que conoces su teléfono. ¿Quieres dármelo?

Coophill cita unas cifras. Las anoto. Luego le hago levantarse.

—Ahora vamos a comprobarlo...

—A estas horas, no estará en casa —dice el sujeto.

—¿Cómo lo sabes?

—Nunca está por la noche. No sé dónde la pasa. Vuelve siempre a la madrugada, pero no sé dónde vive. Sólo me dio este número de teléfono, para que lo llamase...

Reflexiono un momento. Gartner es lo suficientemente listo como para no dar su domicilio. Es muy probable que Coophill diga la verdad.

—Ven, acércate —le ordeno.

El tipo obedece. Cuando lo tengo al alcance de mi mano, disparo el puño derecho y lo dejo sin sentido en el acto.

Luego le ato como un salchichón y lo amordazo. Pasarán muchas horas antes de que pueda desatarse, lo cual tendrá que hacer seguramente otra persona. Eso me da mucho margen de tiempo.

Salgo del reservado y busco el teléfono, que arranco de la pared. Todo el equipo va a parar a un cubo de la basura del patio posterior. Después, entro en el almacén. Está repleto de botellas. Empiezo a romperlas metódicamente. Cuando termino, la emprendo con una pila de barriles que veo en un rincón. La cerveza y los licores empiezan a derramarse por el suelo. Es una excelente forma de tomarse el desquite.

Regreso a mi casa. Desde allí, uso el teléfono para llamar a un amigo. El hombre se queja, protesta, insulta a mis antepasados. Al

fin, accede a mi petición.

Media hora más tarde, tengo la respuesta. Ahora ya sé dónde vive ese pistolero barato llamado William Gartner. De algo me ha de servir tener buenos amigos en la policía.

Cuando llego a las inmediaciones de la casa, veo el chisporroteo de las luces de los coches de bomberos y de la policía. Hay llamas y humo. Me apeo y ordeno al conductor que me espere. Presiento lo que voy a escuchar.

Sí, el pistolero es astuto. En cuanto se ha enterado de que sus dos amigos han sido vapuleados, ha presentado lo que podía suceder y ha optado por el camino más fácil: quemar la casa. De este modo, además, no deja posibles rastros que le comprometan.

Me pongo un cigarrillo entre los labios y vuelvo al taxi. ¿Dónde demonios podré encontrar a Gartner?

\* \* \*

Despierto tarde al día siguiente. Después de desayunarme, empiezo a pensar en la forma mejor de dar con el paradero de Gartner. Tardo un poco en dar con la solución, pero al fin creo haberla encontrado.

Lo malo es que el coche no está en condiciones. Saco la tarjeta que me entregó la señora Chisholm. Hago una mueca. El taller que me ha recomendado está demasiado lejos. Tengo uno a dos manzanas de distancia y el encargado es de confianza.

Le llevo el coche. Sam Crook mira y remira los desperfectos. Al fin asiente.

—Ven a las cinco de la tarde, Dusty.

—O. K., Sam.

Paso por delante de un puesto de periódicos. Compró uno. No dice nada del incendio. Es natural, no se han producido víctimas. Entro en una cafetería y pido una cerveza. Sigo reflexionando.

La clave está en Gartner. Es el punto más débil de la banda. Si consigo dar con él...

Cuando termino, miro el reloj. Ya son las doce del mediodía. Salgo a la calle, tomo un taxi y me hago conducir al *Sex-Paradis*.

Iris me mira con asombro.

—¿Otra vez?

—Ahora deseo cambiar de montura —contesto.

—Bueno, si pagas, —dice, un tanto decepcionada—. Ya conoces la tarifa, supongo.

Saco un billete de cien y dos de diez. Iris me pregunta si deseo algo especial.

—Sí, quiero una de las chicas que estuvieron con Gartner.

—Está bien.

Iris hace una llamada por el interfono. Luego me señala una puerta.

—Número cinco —indica—. Recuerda, has pagado sólo una hora.

La chica aparece por otra puerta en la habitación número cinco. Tiene los ojos cargados de sueño, pero se recobra pronto. Es una perfecta profesional.

—Hola. Me llamo Ruthie.

—Yo, Dusty —contesto—. Siéntate, ¿quieres?

Ruthie obedece. Yo quedo en pie frente a ella. Ruthie echa las manos a mis pantalones, pero la rechazo secamente.

—No es eso lo que quiero —digo.

—Bueno, entonces, habla claro. —Ruthie suelta una risita—. Estamos aquí para complacer al cliente, que siempre tiene razón —agrega—. ¿Cuál es tu plato favorito?

Saco un rollo de billetes y meto dos de cien en su opulento escote.

—Hace algún tiempo, un tipo llamado Gartner estuvo contigo y otra chica al mismo tiempo —le digo—. Según parece, no es la primera vez. ¿Me equivoco?

Ruthie saca los billetes, los mira y luego se pone en pie.

—No soy una chivata...

Saco más billetes. Minerva me ha provisto de fondos generosamente.

—Olvida la discreción. Gartner es un asesino. Ha matado a más de una persona. Posiblemente también es un violador.

Añado trescientos dólares. Ruthie se muerde los labios.

—Pero no puedo decirte dónde vive —manifiesta.

—Yo lo sabía, pero anoche quemó su casa. Lo que quiero es que me cuentes detalles de ese tipo, cuantos más mejor... No temas hablar crudamente; tengo los oídos encallecidos.

Ruthie suelta una risita.

—Es un tipo fanfarrón. Siempre pide dos chicas; dice que con una no tiene suficiente. Pero, en realidad, es un tipo flojo. Aparte de que es un voceras en todos los sentidos. Alardea de lo que no es. A nosotras nos pagó cien dólares extra a cada una, para que dijésemos cosas grandes de él y de su resistencia.

Sí, ya me lo había imaginado; es un fanfarrón. Pero estos tipos, cuando tienen armas, suelen ser los peores.

—Sigue —invito.

Ruthie habla. Me cuenta muchos detalles que harían enrojecer a un camionero. Gartner es un depravado. Pero cuando termina, no he conseguido averiguar dónde puede esconderse ahora. Las pistas, por desgracia, terminan en Ruthie.

—Gracias —me despido.

—Eh, ¿no te quedas? —Se extraña ella.

—Otro día, con más tiempo.

—Oye, tú no serás...

—Pregúntale a Iris —contesto, a la vez que abro la puerta.

La dueña está en su mostrador.

—Has ido muy rápido —se extraña.

—Beneficio para ti —sonrío.

—Vuelve pronto.

—Sí, seguro.

Salgo a la calle. Respiro aliviado. Pero me siento frustrado. La única pista que tenía, se ha esfumado.

Regreso a casa. Al poco rato suena el teléfono.

Es la señora Graham.

—Señor Farralon, he llamado al taller. No ha llevado, su coche a repararlo —dice, en tono de reproche.

—Oh, dispénsame... Resultaba un poco alejado y lo llevé a un amigo, que tiene su taller a un par de manzanas de distancia.

—Muy bien, si lo prefiere así... Cuando lo tenga listo, tráigame la factura; se la abonaré en el acto.

—Por Dios, señora Graham...

—Insisto en ello. Y llámeme Edwina, por favor.

—Sí, Edwina. Gracias, de todos modos.

—No se merecen, Reid.

—Mis amigos me llaman Dusty. Oiga, lo de señora ¿tiene algo

que ver con un esposo?

Ella se echa a reír.

—Tuve que ver en tiempos —contesta—. Adiós. Dusty.

Es una mujer muy atractiva. Nunca he desdeñado una aventura amorosa. Puede que, en efecto, le lleve la factura de la reparación.

Poco después, me llama Luke.

—Tengo algo para ti —dice.

—¿Interesante?

—Seguro.

—Iré a verte pronto —contesto.

—Muy bien, Dusty.

A las cinco voy a buscar el coche. Pido la factura. Pago y me encamino al bar de Luke. Está con unos clientes y aguardo un poco.

Al fin viene hacia mí.

—Hay ciertas posibilidades en la sala de billares de Tina Pyne —dice—. Sabes dónde está, supongo.

Hago un gesto de aquiescencia.

—Tina y yo fuimos amigos hace tiempo —sigue Luke—. Ayer me la encontré y hablamos del asunto. Dijo que podía tener algo de interés para ti, pero que vayas después de las diez de la noche.

—Enterado, Luke.

Abandono el bar. Conozco, aunque sólo de vista, a Tina Pyne. Es una fulana tremendamente atractiva, aunque ya anda por los treinta y cinco años. Nunca, sin embargo, he tenido el menor trato con ella.

Espero que no se trate de una emboscada.

Regreso a casa una vez más. El teléfono está sonando cuando abro la puerta. Es Minerva.

—No me ha llamado hoy —se queja.

—No tengo esa obligación, me parece —contesto.

—Yo pensé que...

—Está equivocada. La llamaré cuando sepa algo. Y no me quedo parado, créame.

—Está bien, dispénseme, Dusty.

—No se preocupe, Minerva.

Me dispongo a volver el teléfono a la horquilla. Entonces, me doy cuenta de que no estoy solo en casa.

Vuelvo lentamente la cabeza. Hay un hombre joven frente a mí, vestido con una chaqueta demasiado larga. Tiene la cara aniñada,

pero en sus facciones se advierten los resultados de una vida prematuramente viciosa. Sin hacer ninguna pregunta, adivino la identidad del sujeto.

—Hola, Dusty saluda *Billy el Niño*.

## CAPÍTULO IV

Estoy sentado junto a la mesa y no me atrevo a levantarme. Con gran lentitud, saboreando por anticipado su triunfo, Gartner separa los faldones de la chaqueta con ambas manos y muestra los dos revólveres que lleva debajo. Naturalmente, son Colt 38, de cañón corto, y con las culatas hacia afuera.

—Sé que me buscabas, detective —añade.

Asiento, a la vez que trago saliva.

—Pues ya me tienes aquí —continúa—. ¿Querías algo de mí?

—Conoces la respuesta tan bien como yo —digo.

—Es una lástima. Aunque no lo creas, me disgusta tener que matar a la gente.

—Vives de eso, Billy.

—Un oficio como otro cualquiera. Escucha, no quiero que sigas dándome la lata. Voy a acabar contigo, ¿sabes?

Con gesto brusco, saca los dos revólveres y me encañona desde tres pasos de distancia. Me echo hacia atrás, instintivamente.

—Tienes miedo —dice—. Todos tienen miedo cuando enseño los revólveres.

—No son bastones de caramelo —refunfuño.

—No, no lo son. Oye, cabrón, tienes que pagar lo que tuve que hacer anoche.

—La casa no te costó nada. La pagaste con el dinero de los atracos.

—Pero me encontraba muy a gusto... —Gartner meneaba la cabeza—. Bueno, de nada sirve ya discutir este asunto.

Adivino que va a apretar los gatillos. Desesperadamente, extendiendo las manos.

—Aguarda un momento —pido.

Gartner frunce el ceño.

—¿Qué demonios quieres ahora?

—Puesto que me vas a matar, ¿por qué no me dices el nombre de la mujer?

Gartner vacila un segundo. Luego sonrío.

—Ya lo sabrás en el infierno —contesta.

Suenan varios disparos seguidos. Asombrado, me doy cuenta de que no es Gartner el que hace fuego.

Mientras me echo a un lado, le veo tambalearse, con algunas manchitas de sangre en el tórax. Repentinamente, se produce una explosión de disparos, una erupción de truenos, que me deja ensordecido. Alguien dispara una ametralladora desde el exterior.

Los proyectiles hacen saltar chorros de sangre del cuello de Gartner, cuya boca se abre para gritar algo que no puedo entender, debido al estruendo de los disparos. El tirador, que hace fuego desde el exterior, levanta un poco el cañón y la cabeza del pistolero estalla literalmente, despidiendo por todas partes sangre, masa encefálica y huesos. Gartner resulta prácticamente decapitado y cae de espaldas.

Yo continúo en el suelo. No tengo ganas de que el asesino repita la operación conmigo. Ha vuelto el silencio. En el aire flota un nauseabundo olor a pólvora.

Al cabo de unos momentos, me arriesgo a ponerme en pie. El espectáculo que ofrece Gartner es horripilante. Me pregunto quién habrá disparado contra él tan oportunamente.

¿Hay, además, otras personas que tuvieran cuentas que saldar con un tipo semejante?

Suena una sirena policíaca. Meneo la cabeza. Limpiar el salón no va a resultar tarea fácil, precisamente.

Son cerca de las once de la noche cuando llego al salón de billares. Apenas hay clientes ya. Desde el mostrador del bar, Tina me dirige una mirada de reproche.

—Dije a las diez —murmura cuando me acerco a ella.

—Lo siento, no ha podido ser antes.

—Está bien. Voy a cerrar. Sube por la escalera del fondo, la última puerta. Aguarda allí.

—O. K., Tina.

La puerta señalada da a los aposentos privados de la mujer. Hay

una sala, una cocina, un baño y un dormitorio, pieza ésta decorada con bastante lujo. Veo botellas y vasos. Me sirvo una buena dosis. Todavía tiemblo al pensar en lo que he visto.

Tina llega diez minutos más tarde y empieza a quitarse la ropa.

—Oye...

Me interrumpe rápidamente.

—No te hagas ilusiones; voy a darme una ducha —dice.

—Dispensa.

Con toda tranquilidad, se desnuda y agarra una gran toalla. Es una mujer bien formada, de pechos redondos y pesados y sólidas caderas. Sin mirarme siquiera, entra en el baño, del que sale veinte minutos más tarde, la cara limpia y oliendo agradablemente.

—Se suda mucho abajo —explica, envuelta en la toalla, desde los senos a las rodillas.

—Claro. Tina, yo sólo te conocía de vista...

Ella enciende un cigarrillo.

—Luke me habló de ti. Yo tenía una cuentecita que saldar con Gartner. Un día, después de cerrar, me puso una pistola en los riñones y me hizo subir al dormitorio. Me violó.

—Vaya. ¿Por qué no lo denunciaste?

—Bah, no merecía la pena. A mis años, y sin testigos, ¿qué habría conseguido, sino dolores de cabeza... y tal vez un navajazo en la cara? Pero me hice el propósito de desquitarme algún día.

—Alguien se te ha anticipado —digo—. Gartner ha muerto esta misma tarde.

—Tina me mira estupefacta.

—Bromeas —dice.

—No se pueden contar los impactos, porque le han volado la cabeza —explico.

—Vaya, entonces, el trabajo va a ser para Satanás a partir de ahora. —De pronto, Tina se echa a reír desaforadamente—. ¡Cómo me alegro de que alguien le haya dado a ese hijo de perra lo que se merece!

—Muchos piensan lo mismo que tú, pero si era eso sólo lo que tenías que decirme...

—¡Aguarda, hombre! Todavía no he empezado. He estado relacionando detalles y creo que puedo darte una pista.

—Eso ya está mejor —apruebo.

—Se llama Tuckey Fisher, y le apodan *El Tuerto*. No lo es realmente, pero tiene una nube en un ojo. Es un tipo que anda siempre con los bolsillos vacíos. Hace algunos días le vi un fajo de billetes. Empinó el codo un poco más de la cuenta y mencionó algo sobre el atraco al Banco en que murió tu cuñado.

—¿Es uno de los asaltantes?

—No, no sirve para eso. Fisher es un soplón de mala muerte... pero en tiempos era amigo de un tal Corrie Smith. Bueno, más que amigo, su perrillo faldero, el que le hacía los recados, se encargaba de llevarle los trajes al tinte, comprarle el tabaco, llevar el coche a revisión... Una especie de criado..., y seguramente también, el que se ocupa de estudiar los detalles del Banco que se piensa asaltar. De Corrie sí sé que es un pistolero, pero ya hace mucho tiempo que no le he visto.

—Creo que te entiendo. Localizando a Fisher, podré encontrar a Corrie.

—Una vez lo vi aquí, jugando una partida de billar con Gartner. Hablaban siempre en voz baja. Parecían unos conspiradores. Fisher llegó y le entregó un papel a Corrie.

—Muy bien. Ahora sólo falta que me digas donde vive *El Tuerto*.

—Tina me lo indica. Yo me encamino hacia la puerta, pero ella me retiene por un brazo.

—¿Tienes prisa?

—Claro.

—Ella sonríe.

—A estas horas, no conseguirías nada de Fisher.

—¿Por qué?

—Debe de estar completamente borracho. Aguarda a la madrugada.

—No es mala idea. Me volveré a mi casa...

—¿Por qué? ¿Tan poco hospitalaria te parece la mía?

—Bueno. Trae una baraja y pasaremos el rato.

—¿Eres tonto? —Se irrita Tina.

—Sonríe maliciosamente. Ella se echa a reír, porque comprende. De pronto, se quita la toalla de golpe.

Recorro su cuerpo con la mirada, desde los labios, limpios, pero por eso aún más sensualmente atractivos, hasta la punta de los pies. Los senos, redondos, cálidos, la cintura, todavía esbelta, los muslos

como blancas columnas.

Me acerco a ella y rozo sus labios con los míos.

De pronto, busco su boca. Tina abre la suya y su lengua y la mía se unen en un delicioso combate, como pequeñas serpientes, llenas de fuego. Ella jadea, suspira, se retuerce...

—No puedo más —gime.

Y, entonces, la empujo suavemente hacia la cama.

Luego, perdemos la noción de las cosas, envueltos en el fuego de la pasión.

Quedamos así, en la misma postura, sin deshacer el abrazo, durante unos minutos. Cuando voy a retirarme, Tina me sujeta por el cuello.

—Quieto aquí —ríe.

—Eres insaciable —le digo.

—Sé aprovechar las circunstancias.

—¿He resultado mejor que Gartner?

Tina hace una mueca de desprecio.

—Se creyó que estaba enviando un telegrama —dice.

—Un tío rápido, ¿eh?

—Llegar y... ¡paf! No era hombre más que con las pistolas.

—Ahora ya no es nada.

Ella me muerde en una oreja.

—¿Por qué seguir hablando de ese hijo de perra?

—Tienes razón.

Yo busco su boca otra vez. De nuevo encuentro su lengua. Ella me acaricia suave, sabiamente. Tiene experiencia. Volvemos a sentirnos enardecidos. La segunda vez es mucho más prolongada y sabrosa. No sé el tiempo que transcurre, hasta que volvemos a la realidad, momentáneamente exhaustos.

Al cabo de unos momentos, me levanto y voy al baño. Cuando salgo, empiezo a vestirme.

—Caramba, Dusty, es demasiado pronto —se queja Tina.

—Lo sé, pero no quiero fatigarme demasiado.

—Fisher no tiene ni media bofetada.

—A pesar de todo, guapa. No me gusta que me encuentren desprevénido. Los tipos más débiles son los que, a veces, te dan más disgustos. Cuando menos te lo esperas, te sacan una navaja a relucir o te enseñan una pistola. En todo caso, haré que Fisher se despeje

de su borrachera.

Tina se apoya sobre un codo, todavía desnuda.

—Es una lástima —se resigna—. Has demostrado ser todo un macho.

—Psé, no lo hago mal del todo —respondo, modesto.

—¿Cuándo volverás, Dusty?

Hago un gesto evasivo. Abro la puerta y salgo. Tina es una hembra estupenda, pero no conviene abusar... al menos, siempre con la misma.

Cuando llego a la calle, aspiro el aire fresco. La dirección que me ha dado Tina es próxima a su casa, de modo que más vale no tocar el coche. Iré a pie y así estiraré un poco las piernas.

En la siguiente manzana, veo a un tipo desastrado, hurgando en los cubos de basura. Me acerco a él y saco un par de billetes.

—No te manches las manos, Kerry Miller —le digo.

El hombre se incorpora y me mira con sus ojos legañosos.

—A veces, se encuentran bocadillos a medio comer, Dusty —responde.

Insisto con los billetes.

—Cómprate una comida como Dios manda.

—Está bien, Dusty. ¿Cómo andas de pistas sobre los tipos que mataron a tu cuñado?

Levanto las cejas.

—¿Qué coño sabes tú...?

Miller ríe malicioso. Es un vagabundo que no tiene dónde caerse muerto y, sin embargo, está enterado de más cosas que casi todos nosotros juntos.

—Tengo los ojos desastrosos, pero los oídos muy finos —responde.

—Ya —murmuro—. ¿Y...?

—Te aconsejo hables con Jo Ann Tilton, la prestamista de la Calle Catorce.

—¿Qué pasa con esa fulana? —pregunto. Recuerdo muy bien a la Tilton. Tiene cincuenta años, la figura de una vaca holandesa y el genio de un caimán hambriento. Le gustan los cigarros y siempre tiene uno entre los dientes. Presta dinero a cambio de cosas, cobra unos intereses que dejan helado al desgraciado que tiene la mala pata de caer en sus garras y vende de todo. Las malas lenguas

aseguran que, si se dispone de dinero suficiente, puedes comprarle una chiquilla de catorce años. O un chico, depende de los gustos de cada cual.

—¿Por qué no vas a verla, Dusty?

—De acuerdo. Gracias, Kerry.

El vagabundo se aleja, canturreando entre dientes una obscena canción. Yo reanudo mi camino, en dirección a la casa donde vive Fisher.

## CAPÍTULO V

Tal como supuso Tina, Tuckey Fisher está durmiendo la borrachera. Puesto que no se ha dado cuenta siquiera de que estoy en su casa, empiezo a registrar todo metódicamente. Lo único que encuentro son seis o siete billetes de cien y unos cuantos de diez. Los primeros están completamente nuevos; no parece lógico que un tipo como Fisher pueda poseer esa clase de billetes.

Fisher no tiene armas. Voy a la cocina, busco un cubo, lo lleno de agua y regreso al dormitorio. El líquido empieza a caer sobre Fisher, que se agita, profiriendo palabrotas. Le agarro por un tobillo y tiro de él con fuerza. Al caer contra el suelo, emite un gruñido de dolor. Empieza a despejarse, pero aún no tiene bastante y necesito un segundo cubo de agua, que pone el cuarto perdido.

Fisher acaba por sentarse en el suelo.

—Pero ¿qué diablos...?

—¿Dónde está Corrie? —pregunto.

Fisher me mira con el ojo sano.

—No sé...

Es un tipo flojo. No me atrevo a sacudirle. Puedo verme en un compromiso. Pero hay algo que le hará responder a mis preguntas.

Tengo su dinero en la mano izquierda y, con la derecha, hago brotar la llama de mi encendedor. Inmediatamente, Fisher lanza un grito de pánico.

—¡No, por todos los diablos, no lo haga! —suplica.

—Tú sabes algo del atraco. ¿Dónde está Corrie?

El Tuerto se lame los labios.

—No lo sé...

—Vamos, no me tomes el pelo.

—Se lo juro.

Agito los billetes.

—¿Y este dinero? ¿Te lo dio por tu cara bonita?

—Yo... le pedí un préstamo...

—Tuerto, tú siempre has sido amigo de Corrie. Dime dónde está y no me obligues a romperte un par de huesos.

—No lo sé... —Parece sincero—. Le he visto, es cierto, y me dio dinero, pero no quiso decirme dónde vive ahora. Antes sí, yo le hacía recados, me ocupaba de sus coches...

—¿Crees que tomó parte en el atraco al Banco?

Fisher guarda silencio. Sí, Corrie fue uno de los asaltantes.

—¿Tienes, que verte con él de nuevo? —pregunto. Es mi única esperanza.

—Dentro de tres días...

—¿Dónde?

—En la puerta del *Trust*, de la Calle Veintinueve.

A Fisher, seguro, le han encomendado tomar nota de los movimientos de los empleados del Banco. Sobre la mesilla, veo unas gafas de color. Con ellas puestas, oculta su defecto físico y puede pasar más desapercibido.

—¿Hora? —pregunto.

—Entre once y doce.

—Tuckey, si en algo aprecias tu vida, calla —le digo. Dejo caer los billetes al suelo—. Los que me interesan son Corrie y sus amigos, pero si se me escapan por tu culpa, vendré a buscarte y te cortaré el cuello. ¿Sabes?, el hombre que murió en el atraco era mi cuñado.

Fisher tiene la cara cenicienta. Apuesto algo a que callará. Es un cobarde, pero también listo. Se da cuenta perfectamente de que Corrie no sabrá que ha hablado conmigo.

—No... no hablaré... —promete.

—Por tu bien, espero que cumplas lo que acabas de decir.

Abandono aquel maloliente apartamento. Apesta a licor barato. De modo que esa cuadrilla está preparando otro atraco, ¿eh? No deben de ser muy listos, cuando emplean para espiar a los empleados a un tipo como Fisher.

Salgo a la calle. Inesperadamente, algo me golpea con terrible fuerza en el costado izquierdo.

Reboto hacia la pared, perdido el aliento. Dos tipos se me echan encima. Un puño alcanza mi pómulo y veo las estrellas. Levanto el

pie derecho y golpeo una entrepierna. Oigo un gruñido de dolor.

El otro atacante se dispone a golpearme de nuevo. Alargo la mano izquierda, agarro su muñeca y, con la derecha cerrada, a modo de maza, empiezo a golpearle en la cara, una, dos, tres... muchas veces. Oigo ruido de cartílagos nasales rotos y labios partidos. También se rompe algún diente. Al fin, el sujeto se desploma sin sentido.

Su compañero se ha recobrado y se tira hacia mí con una navaja en la mano. Dejo que se me acerque y en el momento oportuno, desvío el golpe. Clavo el puño derecho en su estómago y le hago gruñir de dolor. Eso le hace olvidarse de la navaja y la suelta. Entonces, levanto las dos manos y lo agarro por las orejas.

Chilla frenéticamente. Tiro hacia mí, pero me aparto en el último instante. Giro hacia mi izquierda y dejo que siga el impulso que le he obligado a tomar. Entonces, mi mano derecha se apoya en su nuca y empujo con todas mis fuerzas. Su cara se estrella contra la pared. Es un ruido estremecedor. Abre los brazos, gime y se deja caer lentamente al suelo.

La navaja brilla sobre el asfalto. Me apodero de ella y la dejo caer poco después por la alcantarilla más próxima. Esos dos tipos se pasarán algún tiempo antes de que puedan sentir de nuevo la tentación de asaltar a algún incauto viandante.

\* \* \*

Jo Ann Tilton me mira con un solo ojo, mientras mordisqueea el cigarro ya casi consumido que tiene entre los dientes. Con la mano derecha se rasca el sobaco del mismo lado.

—¿Por qué lo pregunta? —dice a la mañana siguiente.

—Me interesa —respondo lacónico.

—Tengo mis clientes y no les delato jamás.

Miro a mi alrededor. La tienda de la prestamista está llena de cachivaches, el noventa por ciento de los cuales proceden de algún robo. Pero también vende otras cosas.

Atravieso el mostrador y aparto la cortina que da a las habitaciones interiores. La Tilton protesta airadamente.

—Salga de ahí o llamo a la policía —exclama.

—Llámalas —digo, indiferente.

Abro la primera puerta que me sale al paso. Entre otras cosas, veo un par de cajones de *whisky*. La prestamista se me echa encima y la rechazo de un revés que le hace dar dos vueltas sobre sí misma, antes de caer al suelo. Agarro un hierro y levanto la tapa de uno de los cajones de *whisky*. Hay una docena de armas de todas clases, todas en magnífico estado.

Miro a Jo Ann por encima del hombro. Está sentada en el suelo, lívida.

—A la policía le gustaría muchísimo encontrar estas armas —le digo.

Ella extiende las manos.

—¡No, por lo que más quiera! —suplica—. Le diré todo lo que sea, pero no me denuncie...

—Hable del último atraco a un Banco. Murió un infeliz transeúnte.

Jo Ann se muerde los labios.

—Sólo puedo darle un nombre. No es seguro, pero...

—Pero cree que pudo ser uno de los atracadores.

Jo Ann asiente.

—Se llama Ethan Charles. Me compró tres pistolas.

—¿Para qué tantas armas? —me asombro.

—Bueno, creo que... sólo las emplean una vez.

—Ah, un revólver nuevo en cada atraco.

—Sí.

—¿Sabes dónde puedo encontrar a Charles?

—No. Lo siento... Se lo diría si lo supiese...

Es sincera. Sabe que si la policía le encuentra ese arsenal, irá a la cárcel una buena temporada.

—Está bien.

La prestamista se levanta pesadamente.

—No me delatará, ¿verdad? —pregunta, aprensiva.

Hago un gesto negativo. Salimos a la tienda. En ésta hay un joven con cazadora de cuero y abundante cabellera rizada, muy sucia.

—¿Qué quieres, tú? —pregunta Jo Ann desabridamente.

—Dinero —responde el chico, a la vez que saca una pistola—. No se muevan ninguno de los dos. ¡Esto es un atraco!

Yo levanto las manos en el acto. Miro el jarrón de bronce que

tengo a mi derecha. Si consigo alcanzarlo sin que me vea...

El chico se va derecho a la caja registradora y la abre. Jo Ann enloquece de repente y se abalanza sobre el ladrón. Éste se revuelve y aprieta el gatillo dos veces. Jo Ann chilla agudísimamente y empieza a caer de espaldas. El jarrón vuela por los aires y se estrella contra la cara del ladrón, que emite un rugido y salta hacia atrás. Cae sin sentido.

Yo me arrodillo junto a la prestamista. Tiene los ojos cerrados. Los disparos le han alcanzado de lleno en el corazón. A esto se le llama justicia poética. Quizá le ha matado una pistola que ella misma vendió.

Al menos, me digo, he conseguido otro nombre. Ya sólo me faltan el de la mujer y el del cuarto miembro del grupo. Pero han debido esconderse muy bien. Nadie sabe dónde están. Por fortuna, tengo una pista. Dentro de dos días, podré echarle el guante a Corrie Smith.

\* \* \*

Cuando llego a casa, veo a Minerva que está aguardando en su coche. Ella me ve y salta fuera. Viste blusa clara y pantalones negros, muy ceñidos. Los zapatos son de tacón alto. Tiene un aspecto exquisito... pero en su hermoso rostro hay indudables señales de irritación.

—¿Puedo quejarme de la falta de noticias? —dice, sin más.

La miro fijamente.

—Usted quiere resultados, no noticias —contesto.

—Pero también me gustaría saber...

—¿Adelantaría algo con ello?

Hablamos mientras nos acercamos a la puerta de casa. Abro la puerta y me echo a un lado para que Minerva pase delante de mí. Pero ella retrocede bruscamente.

—No —dice.

—¿Por qué? —me asombro.

—No me gusta estar a solas con un hombre.

—Cuando fui a su casa, estábamos a solas —le recuerdo.

—Había otra mujer —responde Minerva.

Sigue traumatizada por lo que tuvo que padecer. Probablemente,

sentirá odio hacia los hombres mientras viva.

—Muy bien, como quiera. Tengo varias pistas, pero no le diré nada.

—¿Puedo conocer los motivos?

—Me gusta la discreción, eso es todo.

—Empiezo a pensar que cometí un error al llamarle —dice cortantemente.

—Piense lo que guste, está en su derecho. Mañana recibirá un cheque. Naturalmente, le descontaré los gastos que he tenido que hacer. También incluiré una nota detallada de esos gastos...

—¡No, maldita sea! ¡Siga!

La miro, sorprendido por esa repentina explosión. Ella enrojece.

—Dispénseme —suplica—. Estoy un poco nerviosa...

—Ande, vuelva a su casa y procure concentrarse en la nueva colección de modelos. Ése es su trabajo; deje lo demás para mí.

—Usted parece distinto...

—No lo crea. Soy un individuo terriblemente grosero y brutal. Hace bien en no entrar en mi casa.

—Oiga, no me diga que sí entro...

—Huyamos de la tentación, Minerva.

Ella se echa a reír. Ahora tiene una expresión enteramente distinta. Mientras me tiende una mano, dice:

—Algún día entraré, Dusty.

—Sí, seguro.

Me quedo en la puerta, mientras la veo caminar, erguida como una diosa, hasta su automóvil. Antes de arrancar, agita una mano. Hago un gesto análogo. Esa chica, pienso, necesita alguien que le haga olvidar la terrible experiencia sufrida.

\* \* \*

Puesto que, de momento, no puedo hacer otra cosa, decido esperar al día en que Fisher ha de encontrarse con Corrie Smith. Durante cuarenta y ocho horas, me dedico a una holganza absoluta. A veces, voy al bar de Luke y tomo un par de copas. Charlamos un rato y luego me marchó. Luke no tiene nada nuevo para mí, aunque sé que está constantemente al acecho de alguna información.

Llega el día señalado y me pongo en camino hacia el *Trust*. No

tardó mucho en divisar a Fisher. Casi no le reconozco. Lleva ropas buenas y tiene un aspecto respetable. Sentado tras el volante, le veo pasear por la acera, con un periódico en las manos.

Los minutos pasan lentamente. Fisher me ha visto. Ha hecho un gesto de reconocimiento muy discreto. Traicionará a su amigo, pero eso no me importa en absoluto.

De pronto, veo que Fisher se pone rígido. Ahí está Corrie, me digo.

Un coche llega lentamente y se detiene junto a la acera. Alguien, desde el interior, hace una señal con la mano. Yo anoto mentalmente la matrícula del automóvil. Quizá sea falsa, pero... nunca se sabe.

Fisher se acerca al coche. Inclina el torso. Entonces, repentinamente, una mano asoma armada con un revólver. El arma dispara dos veces y los fogonazos abrasan la cara de Fisher. El cráneo vuela en pedazos. Veo, como en cámara lenta, el estallido de la parte posterior, los sesos que saltan al aire, los trozos de hueso...

Me dispongo a arrancar. En el mismo momento, veo que el conductor arroja algo hacia mi coche. Es una pelota negra, ovalada, que rebota un par de veces sobre el asfalto, antes de quedar bajo el motor de mi coche. Apenas si tengo tiempo de pasar al asiento posterior y encogerme en el suelo.

El estampido es atronador. Siento que el coche se eleva un palmo en el aire. Oigo ruido de metales desgarrados y vidrios rotos. La humareda es impresionante. Salen llamas por algunos puntos. Cómo puedo, abro una portezuela y me arrastro fuera. Hay chillidos, sustos, carreras...

Mi coche empieza a arder. Consigo levantarme y escapar antes de que el depósito de gasolina haga explosión, enviando a lo alto chorros de líquido inflamado. Otro coche arde también.

La gente huye en todas direcciones. Oigo frenazos de automóviles, cuyos conductores han sido sorprendidos por el jaleo. Cuando vuelvo la cabeza, veo a Fisher, esparrancado en el suelo. Un gran charco de sangre se extiende debajo de su cuerpo.

Empiezan a sonar sirenas policiales. Tendré que explicar lo que ha sucedido, aunque, por supuesto, diré que no tengo nada que ver con lo que ha pasado. Los tipos que me lanzaron la bomba debieron de confundirme con otro, es lo mejor, para evitarme

complicaciones.

En cuanto a la matrícula del coche, ni siquiera pienso ya en ella. Seguro, es falsa.

—¡Adiós, Tuerto! —despido al sujeto.

Pero Fisher, claro está, no puede oírme.

Regreso a casa, bien pasado el mediodía, bastante descorazonado. Cuando entro, oigo el teléfono que suena.

Es Edwina Graham.

—Todavía estoy aguardándole, Dusty —se queja la mujer.

Reflexiono un instante. Vale la pena intentar la aventura. Así olvidaré un poco.

—¿Qué hora le parece la más apropiada? —consulto.

Oigo una risa de evidente complacencia.

—A partir de este momento, cualquier hora es buena —responde.

## CAPÍTULO VI

La residencia de Edwina Chisholm es elegante, aunque no lujosa en exceso. Revela una buena posición económica, no cabe duda, y un excelente gusto para la decoración. Ella se sabe hermosa y viste de manera que sus encantos físicos puedan ser realzados. El vestido, a primera vista austero, tiene, sin embargo, un gran escote, que permite ver esa agradable hendidura que hay entre los senos, que adivino redondos y firmes. Sonríe hechiceramente al tenderme la mano.

—Pensé que habría llegado a olvidar la factura —dice.

—He estado ocupado, dispénseme —contesto.

—Los hombres... —Edwina se echa a reír—. ¿Es que no pueden pensar en otra cosa que el dinero?

—Dejaré de pensar en el dinero, el día en que me digan que la comida es gratis, por ejemplo.

Edwina me tiende una copa.

—Siéntese a mi lado, Dusty —invita—. Hábleme de usted y de sus negocios... Debe de ser un tema fascinante...

—El tema de los negocios es siempre árido. Pero yo no soy lo que usted piensa. Soy investigador privado.

—Oh... Todavía más fascinante. ¿Le gusta?

—Me desenvuelvo bien y, sobre todo, soy independiente.

—Eso sí vale mucho hoy día —admite ella—. Por cierto, me gustaría encomendarle una investigación...

Hay un tipo que me debe dinero y no hace más que darme largas. Sospecho que lo que quiere es no pagar...

—En estos momentos, tengo mucho trabajo —respondo—. Cuando tenga más tiempo libre, me encontraré a su disposición, Edwina.

—Bueno, la realidad es que ese dinero no me sacaría de ningún apuro... Pero me disgusta que me tomen por tonta...

El teléfono suena de pronto. Edwina se pone en pie.

—Dispénsame.

—Claro.

La veo cruzar el salón y acercarse al teléfono, que se lleva a la oreja. Escucha unos momentos y luego niega enérgicamente.

—No. No es prudente... Por favor, no insistas. Será mejor tener un poco de paciencia... ¿Qué es una ocasión única? Si fracasa, sí será una ocasión única, la última... Está bien, Rim; de todos modos, ven a verme mañana con todos los datos... No, hoy no, en modo alguno; estoy muy ocupada. Adiós, Rim.

Cuelga el teléfono y se vuelve sonriente hacia mí.

—También, a veces, yo he de atender mis negocios —dice, a guisa de excusa.

—Es preciso vivir —contesto, filósofo.

—Bueno, pero en este mundo, hay también otras cosas muy interesantes, Dusty.

—Sí, seguro.

Me pongo en pie y saco un papel del bolsillo.

—La factura de la reparación —digo—. Son treinta y dos dólares con veinticinco centavos.

—Le daré un cheque, Dusty.

—Como quiera.

Edwina me entrega el cheque momentos después. Lo guardo en el bolsillo.

—He tenido mucho gusto —me despido.

—También veo que tiene mucha prisa —sonríe.

Está muy cerca de mí. Retrocedo. Ella avanza otro paso. Sus senos rozan mi pecho. La oferta es clara. Miro a Edwina un momento. Qué diablos, me digo, si ella tiene ganas...

Rodeo su cintura y la abrazo. Busco su boca. Ella corresponde con ardor y no protesta cuando mi lengua entra en contacto con la suya. Estamos así unos momentos, pegados desde los labios a las puntas de los pies. Luego, mis manos suben hasta la parte superior de su vestido y empiezo a quitárselo. Noto claramente que Edwina siente deseos de macho. Levanto un poco la cabeza. Ella hace un silencioso gesto afirmativo.

—Llévame en brazos —pide ardorosamente.

—Indícame el camino.

Edwina sería capaz de hacer reaccionar a un poste de madera. Lo que sigue después es indescriptible. Ella demuestra tener una enorme experiencia. Sabe lo que es el sexo y sabe cómo obtener el mayor placer del sexo. Yo le sigo la corriente. Durante un tiempo que me parece inacabable, nos sumimos en un placer absoluto. Pero, inevitablemente, se produce el agotamiento y caemos el uno al lado del otro, exhaustos, sudorosos, sin aliento...

Yo tengo la cara apoyada en uno de sus hermosos senos. Ella me acaricia la mejilla.

—Merecía la pena haberte roto un faro —dice.

—Cuando quieras, pondré mi coche detrás del tuyo —contesto riendo.

Mordisqueo ese pezón tan tentador.

—Dusty, no seas malo —protesta.

Sigo la tarea. Ella vuelve a suspirar.

—Por favor...

Reanudamos las caricias recíprocas. Poco a poco, nos excitamos de nuevo. De pronto, ella me tira de espaldas y se arroja sobre mí devoradoramente. Esta vez el éxtasis llega después de unos largos minutos de unión absoluta. Cuando se produce, Edwina casi pierde el sentido y se derrumba sobre mí.

—Tienes que volver —dice, más tarde.

—Seguro, nena.

Me pasa una mano por la cara.

—¡Mi hombre! —suspira, contenta y agradecida.

La tarde se ha pasado sin que nos diéramos cuenta. Cuando llego a casa, ya es de noche.

Suena el teléfono. Es Luke Barris y se queja airadamente.

—Demonios, Dusty, ¿dónde rayos te has metido? Te he llamado veinte veces...

—Tenía trabajo —miento descaradamente—. ¿Sucede algo?

—Meg Clay va a verte. Tiene algo interesante para ti. Dale un par de cientos. Merece la pena.

—Está bien.

Dejo el teléfono en su sitio y me quito la chaqueta y la corbata. Luego me preparo una buena dosis de escocés con un par de cubitos

de hielo. Mientras lo tomo a sorbos, exploro el frigorífico. Tengo un hambre de lobo. Me preparo un par de buenos bocadillos y con la bandeja en la mano, regreso a la sala. El teléfono suena otra vez.

Es Minerva.

—Dusty, he estado pensando...

—¿Sí?

—Hoy ya es tarde. ¿Por qué no viene a cenar conmigo mañana?

La sorpresa me hace enmudecer.

—¡Dusty! ¿Por qué no contesta? —exclama ella.

—¿De veras quiere que vaya a cenar?

—Sí.

—¿No tendrá miedo de estar sola con un hombre?

—Debo hacer la prueba.

—Y me ha elegido a mí.

—¿Le molesta?

—Oh, no, me halaga.

—Gracias, Dusty. Venga a las siete y media.

—De acuerdo.

\* \* \*

Estoy terminando la cena, cuando llaman a la puerta. Antes de abrir, uso la mirilla. Veo una mujer y abro.

—Soy Meg Clay —dice.

—Pase —invito.

Ella cruza el umbral. Tiene treinta años bien corridos y todo el aire de una callejera, aunque, resulta muy atractiva. Le invito a una copa y acepta.

—Luke me dijo que tenía algo interesante para mí —digo, mientras le entrego una copa.

—Es referente al asesinato de Fisher. Oí la noticia por la radio. También me enteré que habían volado su coche con una bomba de mano —declara Meg.

—Esos periodistas... Bien, no pude evitarlo. Siga, por favor.

—Escuché hablar a algunos de los testigos, entrevistados por el locutor de la radio, que emitía la información desde el lugar del suceso. Uno de ellos mencionó un coche azul oscuro, ocupado por dos hombres, y citó parte del número de la matrícula.

—¿Y bien?

—Yo vi ese coche azul desde mi casa. Lo recordé más tarde, cuando escuché las noticias por la radio. Uno de los dos ocupantes se apeó y se metió en la casa de enfrente. El otro se marchó con el coche.

Entornó los ojos.

—¿Se fijó en el tipo que entró en la casa? —pregunto.

—Tenía unos treinta y cinco años y era muy fornido. No pude verle bien la cara, pero vi que llevaba un traje de color gris, con cuadros.

Trato de recordar un momento. Sí, de ese dibujo era la manga del traje que vi, cuando alguien voló la cabeza de Fisher. Tiene que ser Corrie Smith a la fuerza.

—Deme la dirección, Meg.

Saco unos billetes y se los pongo en la mano. Meg sonríe.

—Gracias. Oye, por el mismo precio, si quieres... Soy muy buena en la cama —dice.

La empujo suavemente hacia la puerta y la despido con una palmada en el exuberante trasero.

—Otro día, guapa.

—Por fin, una pista —exclamo, luego, sin poder contenerme.

\* \* \*

El barrio es triste, deprimente. Hay basura en los callejones. Los gatos se pelean maullando por alguna piltrafa de carne. Las casas son de ladrillo, antiguas, con las escaleras de incendio a la vista. Tras unos segundos de reflexión, decido emplear una de las escaleras de incendios.

Corrie está en el cuarto piso. Meg lo vio después desde su ventana, situada enfrente. He localizado el apartamento y llego sin dificultades.

Poco a poco, levanto el bastidor de la ventana. La casa está a oscuras. Son más de las dos de la madrugada. Corrie debe de estar dormido.

Avanzo hacia la puerta que hay al otro lado. Empiezo a abrir muy despacio. Noto un pequeño obstáculo y me detengo.

Un súbito escalofrío me recorre la espalda. Muy despacio, me

acucillilo y paseo los dedos por el suelo. Encuentro un hilo de metal. Los pelos se me ponen de punta.

Corrie es astuto y me ha puesto una trampa. Ha calculado exactamente que subiría por la escalera de incendios y que entraría por la ventana que da al callejón. Naturalmente, él no está en casa.

Meto la mano por el hueco y tanteo cuidadosamente. Toco la bomba; está sujeta al marco, a media altura, por tiras de cinta adhesiva. La despego con todo cuidado y arranco el cable. La trampa ha quedado desarmada.

Me pregunto dónde puede estar. De súbito, se me ocurre una idea. ¿Cómo no he sabido verlo antes?

Meg vive muy lejos del bar de Luke. Ni siquiera la conocía el propio Luke. ¿Por qué ha tenido que ir allí una puta callejera, que *opera* habitualmente a dos millas de distancia?

Debiera haberme fijado antes en este detalle. De todos modos, todavía no es tarde para resolver el problema.

La única duda que me atormenta es si habré sido visto desde la ventana de la casa de Meg. El callejón queda un poco desviado, pero, a pesar de todo, debo marcharme por la misma vía.

Llego al callejón de nuevo y miro hacia la casa de enfrente. Todas las luces están apagadas. Aguardo unos minutos. De pronto, veo un pequeño resplandor en una de las ventanas. Luego diviso el puntito rojo de la brasa de un cigarrillo. Sí, Corrie está a la espera, dispuesto para regocijarse en cuanto oiga el estampido de la bomba.

Espero pacientemente un buen rato. Mis nervios, ahora, están extrañamente templados. En todo caso, son ellos los que deben sentirse inquietos.

Corrie enciende dos cigarrillos más. Cuando veo que pasa media hora sin que se enciendan más cigarrillos, abandono el callejón y cruzo la calle a la carrera. Corrie debe de estar ahora dormido o tal vez acostado con Meg.

Entro en la casa y subo en silencio. Cuando llego a la puerta del apartamento de Meg, empuño el pomo y lo hago girar muy despacio.

En el apartamento hay una quietud total. Avanzo poco a poco. Junto a la ventana, diviso la silueta de un hombre, acomodado en un butacón de orejeras. Corrie está profundamente dormido.

La cama queda detrás de él. Veo una figura humana inmóvil. A

través de la luz que entra por la ventana, distingo a Meg. De pronto, me quedo rígido. Tiene algo oscuro en torno al cuello. Ya no cabe duda, después de prestarse a servir de cebo, Corrie la ha estrangulado.

El asesino se ha cansado de esperar y se ha dormido profundamente, sin el menor remordimiento, sin importarle hallarse en la compañía de un cadáver. Siento que la sangre me hierve en las venas. Por un momento, pienso en despertar a Corrie y obligarle a hablar. Pero no merece la pena; escaparía fácilmente, en libertad por falta de pruebas. Diría que se encontró allí con el cadáver y que el asesino le golpeó...

Puedo hacer algo mejor. He traído la bomba de mano y, muy despacio, quito la anilla y me agacho, sin quitar la vista del revólver que Corrie tiene sobre el regazo. Conteniendo la respiración, levanto su pie derecho y lo sitúo sobre la bomba, muy lentamente, evitando que Corrie se aperciba de la operación. La presión del pie aguantará la palanca de seguridad de la bomba. Si se despierta antes, estoy perdido.

Pero es evidente que está en el primer sueño. Centímetro a centímetro, retrocedo hasta la puerta. Atravieso la sala y cuando llego a la del apartamento, la abro y quedo un instante en el umbral.

—¡Corrie! —grito.

El pistolero se levanta de un salto. Ciega, alocadamente, empieza a hacer fuego. Yo estoy protegido por la pared. Oigo el silbido de un par de balas que atraviesan el hueco. De pronto, estalla la bomba.

Suena un tremendo estampido. Alcanzado de lleno, Corrie sale despedido con indescriptible violencia, atraviesa la ventana y cae volteando a la calle desde cuatro pisos de altura. Cruje un tabique y se derrumba con gran estruendo. Oigo gritos de alarma.

Cuando los primeros vecinos empiezan a asomarse a la ventana, yo ya estoy en la calle. Veo el cuerpo de Corrie, tendido en el suelo, con los brazos y las piernas abiertas en aspa.

—¡Buen viaje al infierno! —le deseo entre dientes.

## CAPÍTULO VII

Por la mañana, aunque ya muy tarde, mientras me afeito, pienso que a estas horas debe de haber dos tipos bastante desmoralizados. Gartner y Corrie están muertos. Tal vez pensarán que a ellos les va a tocar pronto.

¿Y la mujer?

Todavía no conozco su identidad ni tengo la menor idea de quién pueda ser. Ahora, me digo, debo localizar cuanto antes a Ethan Charles. Él me llevará al otro y también a la mujer.

Termino de afeitarme y salgo a la calle. Debo empezar a pensar en la compra de un nuevo coche. Resulta muy incómodo tener que utilizar un taxi a cada momento.

Cuando llego al bar de Luke, veo con asombro que hay una camarera al otro lado del mostrador. Es una joven muy apetitosa, de senos exuberantes y sonrisa atractiva.

—Luke —exclamo, sin poder contenerme.

—Ah, hola, Dusty —contesta el dueño del bar—. Te presento a mi nueva empleada, Polly Roxburn. Polly, éste es Dusty Farralon. Trátalo siempre como si fuese mi hermano.

Polly me tiende una mano.

—Hola, Dusty.

—Preciosa —digo—. Luke, maldito, ¿de dónde has sacado este bombón?

Barris se echa a reír.

—Necesitaba un ayudante, pero pensé que una cara bonita atraería mejor a la clientela —contesta.

—Una cara... y algo más —murmuro, con los ojos fijos en el espléndido escote de la barmaid.

—Dusty, cuidado. Polly es una chica decente —me avisa Barris.

Me pongo una mano en el pecho.

—Jamás se me ocurriría dudar de su honestidad —aseguro.

Polly ríe agradablemente.

—¿Qué le pongo, Dusty?

—Escocés, siempre escocés, con dos cubitos.

—Sí, señor.

Polly me sirve la bebida. Luego nos deja solos a Luke y a mí.

—Meg ha muerto —murmura Luke.

—Era una trampa —contesto.

—Sí, pero ¿quién le tiró la bomba a Corrie Smith?

Me hago el inocente.

—A mí, que me registren —digo, muy serio.

Luke sonrío malicioso.

—¿Por qué no le hiciste hablar?

—Ya lo pensé. —Le explico lo sucedido—. Pero preferí devolverle... la pelota. Esto preocupará mucho a los tres que quedan.

—Sin duda.

—Sé el nombre de uno de ellos, Ethan Charles. Si oyes algo, no dejes de avisarme.

—Descuida.

—En cuanto le ponga la mano encima, Charles cantará como un canario en época de celo —aseguro.

Luke meneaba la cabeza.

—La mujer me preocupa —manifiesta.

—También a mí. Pero ya daré con ella, descuida.

Entran dos clientes. Polly les atiende rápida y eficientemente. Dejo el bar y me voy a una agencia de venta de automóviles. Elijo uno, pago y salgo a la calle.

De pronto, veo a Kerry Miller apoyado en un farol, con aire de hastío. Detengo el coche y abro la portezuela.

—Sube —le invito.

—Voy a manchar la tapicería —alega el vagabundo.

—Eso no importa. Vamos, arriba.

Miller se acomoda a mi lado. Le ofrezco el paquete de cigarrillos. Enciendo uno.

—Tengo algo para ti, Dusty —dice al cabo.

—Me lo imaginé al verte en esa postura —respondo—. ¿De qué

se trata?

—Maxie Hunt —responde el vagabundo—. Tiene una casa de putas en la calle Once, número mil ochocientos dos.

—¿Y bien?

—A veces, le hago algunos trabajos. Comenté lo que pasaba. Mencioné tu nombre. Dice que vayas a verla.

—Está bien, Kerry.

—Para aquí, Dusty.

Freno. Miller se apea.

—Suerte —dice, mientras se aleja, contento con los cincuenta pavos que le he dado por la información.

Voy en dirección opuesta al sitio al que debo dirigirme y he de buscar un punto apropiado para virar en redondo. Luego me encamino como una flecha hacia la casa de Maxie Hunt.

Es otro prostíbulo, aunque menos sofisticado que el de Tina. Y de tarifa más barata, también, por supuesto. Pero en esos sitios se ven y se oyen muchas cosas. Vale la pena hablar con la dueña.

\* \* \*

Tiene cincuenta y tantos años y triple papada, que baila mantecosamente a cada palabra que pronuncia. El pelo está teñido horriblemente de un rubio sucio y en la cara lleva medio centímetro de pasta base para el maquillaje. Las uñas son violentamente rojas; los senos parecen vejigas llenas de manteca fundida. En cuanto a las caderas necesitan una silla doble de ancha de lo normal. Maxie fuma un cigarrillo de olor muy peculiar y me mira críticamente con un ojo.

—Kerry Miller me ha dicho que tienes algo para mí. Soy Farralon.

Maxie asiente.

—En realidad, no soy yo, sino una chica que me sugirió te buscase —responde—. Ten en cuenta que no me gustan ciertos líos...

—Abrevia —corto, impaciente—. ¿Qué me va a costar?

—Cien dólares, más lo que te cobre ella.

—De acuerdo. —Saco el dinero y lo cuento—. ¿Cómo se llama?

—Lorna. —Maxie entorna el ojo izquierdo, porque le molesta el

humo del *cigarrillo* que cuelga de su boca pintarrajeada—. Habitación número doce, primer piso.

—Gracias.

Subo las escaleras que conducen a la primera planta. Oigo ruidos al otro lado de la puerta. Una mujer ríe. Sigo avanzando hasta el final del corredor.

Me paro delante de la puerta número doce y abro lentamente. Hay una especie de recibidor, con una mesa. Sin duda, se dejan allí las bebidas, cuando lo piden los ocupantes de la habitación que hay al otro lado de la puerta, si la sesión amorosa se prolonga demasiado y no quieren ser molestados. Cruzo ese pequeño vestíbulo y empujo la otra puerta, gruesa, pesada; de este modo, no se oyen ruidos que puedan molestar a los otros clientes. Es preciso reconocer que Maxie sabe hacer las cosas. Claro, son los años de experiencia en regentar prostíbulos.

Lorna está en la habitación. Durante un segundo, me quedo estupefacto. Yo había pensado en una furcia de aspecto más o menos seductor, y me encuentro ante una mujer joven, ciertamente, pero con el volumen de un camionero y los brazos como ramas de olivo nudoso. Tiene el pelo muy corto, peinado como el de un muchacho y, en cierto modo, su cara es bonita. Los pechos son voluminosos, como corresponde a su figura, de recias caderas y muslos de atleta.

—Soy Lorna —se presenta, sonriendo de un modo especial, mientras con la mano derecha mueve una delgada barra de acero, que chasquea al golpear la palma de la otra mano—. Normalmente, actúo como luchadora en los *rings*, pero éste es un trabajito extra y vale la pena.

Han usado a Miller como cebo, pienso. Lorna debe de ser muy experta en el catch. Pero ¿a qué diablos viene la barra de acero, larga más o menos como la porra de un policía?

—De modo que un trabajo extra —digo.

—Sí. Alguien piensa que le estás resultando demasiado molesto y que te conviene una temporadita de cama, con una pata enyesada. Me gustaría que no te resistieses; sería más fácil para los dos.

La barra sigue chasqueando. Yo pienso que voy a tener dificultades para salir de esta encerrona. Si Lorna me agarrase bien, aunque no fuese más que con el puño, me rompería la mandíbula al

primer golpe.

Decido tentar la suerte en otro sentido, antes que iniciar una pelea, de resultados más que dudosos.

—¿Cuánto te han pagado? —pregunto.

—No te molestes siquiera en ofrecirme el doble —responde la luchadora—. Me gusta cumplir siempre los compromisos contraídos. Perdería la clientela si lo hiciese como deseas.

—Bueno, si no hay más remedio...

—Te juro que no es nada personal —dice Lorna. Y avanza hacia mí.

Yo retrocedo lentamente, sin perder de vista la barra metálica. Mi espalda choca de pronto contra la pared.

Lorna ríe burlonamente. Está a dos pasos. Ahora descargará el primer golpe y me atontará...

Súbitamente, apoyo los hombros en la pared y levanto ambas piernas a la vez, clavándole los tacones en el estómago. Sorprendida, Lorna retrocede y cae sentada, lo mismo que yo.

Ha soltado la barra, al extender las manos para amortiguar la caída. Yo aprovecho la ocasión para acercarme a ella y pegar una patada a la barra. Lorna ruge y me busca los testículos con el puño. Muevo la rodilla y se la clavo en un ojo.

Cae de espaldas, pero, evidentemente, está acostumbrada a encajar golpes. Apoya los hombros en el suelo y se levanta de un salto, arrojándose contra mí, con la cabeza gacha. La intención es evidente; golpearme en el tórax, pero salto a un lado y pasa por mi lado, resoplando como un toro. Entonces, bajo el puño derecho y golpeo sus riñones con todas mis fuerzas.

Lorna se desploma de bruces, vomitando mil blasfemias. No quiero acercarme a ella; si me agarra por una pierna, me derribará y empleará alguno de sus trucos más sucios, para derrotarme. Cuando empieza a levantarse, le arreo una fenomenal patada en el voluminoso trasero, que la arroja nuevamente sobre el pavimento.

Está loca de rabia. Creía que iba a ser un asunto fácil y, hasta ahora, no ha hecho sino recibir golpes. Vuelve a levantarse y se arroja contra mí con toda su furia. Me da vergüenza tener que hacer esto a una mujer, pero Lorna es una fiera. Si me derrota, usará el hierro para quebrarme los huesos de una pierna.

Cuando está a punto de alcanzarme, estiro las manos, agarro sus

muñecas y me dejo caer de espaldas. Levanto los pies. Lorna da una vuelta completa en el aire. Se desploma pesadamente sobre la alfombra. Al iniciar la reacción, yo ya estoy en pie. Disparo la rodilla derecha nuevamente y ella me agarra la pierna. Antes de caer, tengo tiempo de golpear su mejilla con el canto de la mano derecha.

El dolor le resulta insufrible. Éstos no son los golpes medidos o de ficción de sus peleas en el *ring*. A otra menos resistente, le habrían hundido los huesos del pómulo. Cae a un lado y yo vuelvo a levantarme. Disparo el pie derecho contra su muslo y chilla. Vuelvo a patearla, ahora en el costado. Lorna brama literalmente.

Dejo que se levante nuevamente. Ahora va a saber lo que es bueno. Antes de que se reponga, le largo un

*uno-dos*

terrorífico, que la tira de espaldas al suelo una vez más. Noto claramente que está perdiendo la ventaja y me agacho para agarrarla por un tobillo. El dolor de la torsión le hace girar y quedar boca abajo. Entonces, caigo de rodillas sobre ella, golpeándole los riñones por segunda vez. Oigo claramente el aire que sale explosivamente de sus pulmones. Agarro su mata de pelo, echo su cabeza hacia atrás y luego hacia adelante un par de veces, de modo que su rostro golpee contra el suelo. Ahora está a punto de quedar *groggy*, pero no me conviene que pierda el conocimiento por completo.

Lorna queda poco menos que inmóvil. Paso una mano por delante y agarro su mentón. La izquierda queda apoyada en la nuca. Empiezo a retorcerle el cuello. Su aturdimiento, sin embargo, no es tan intenso que no le permita darse cuenta de la situación. Un poco más y le romperé las vértebras cervicales.

—Dios, no... Eso no... —exclama.

Mantengo la presión. Su nariz, tumefacta y sangrante, está en línea con el hombro derecho.

—¿Hablamos o sigo? —pregunto.

—No sé quién es —dice a duras penas, ya que su mandíbula no se puede mover libremente.

—Bien, entonces, seguiré.

Acentuó la presión. Ella palmea el suelo con la mano.

—Espera, no conseguirás nada aunque me mates... Sólo sé que

alguien me llamó por teléfono y me contrató para romperte una pierna.

—¿Hombre o mujer?

—Mujer, me parece... No estoy segura...

—Lorna, ¿haces trabajos extra, sin cobrar?

—Ella dijo que me enviaría el dinero por correo. Lo recibí esta mañana, en un sobre sin otro indicativo que mi dirección.

—Es lógico, si no quiere que sepas de quién se trata. Pero tendrás que informarle de que has hecho tu trabajo.

—Dijo que lo hiciera y que no me preocupase de más, que ella sabría cómo enterarse...

Reflexiono unos segundos. Estas cosas se hacen así, con absoluta discreción, conociendo a la persona adecuada para llevarlas a cabo y poniéndose en contacto con ella por teléfono. Pero lo que acaba de decir Lorna me da una pista: la mujer que la ha contratado, me conoce. ¿La conozco yo?

—¿Me sueltas? —pregunta la luchadora.

Doy un salto y me levanto. Lorna, a pesar de todo, insiste en ganarse el dinero que le han pagado. Gira y envía dos pulgares a mis ojos, pero me agacho velozmente y golpeo su entrepierna con la mano.

Chilla, retrocede: ahora, sin piedad, golpeo su boca con el revés de la mano. Los labios sangran. Está desmoralizada. Cierro el puño, tomo impulso y disparo un demoledor golpe a su mentón. Lorna da un salto hacia atrás y se derrumba sin sentido.

—Zorra asquerosa —murmuro.

El bolso está encima de una mesa. Lo registro. No hay nada que pueda darme una pista. Pero veo nueve billetes de cien y algunos otros de inferior cuantía. Le pagaron mil por romperme una pierna. Ha perdido el tiempo y el dinero, pienso, mientras me embolso los billetes sin el menor escrúpulo.

Recojo la barra de hierro y la oculto bajo la chaqueta. Salgo, descendiendo al vestíbulo y me encaro con Maxie. Veo en sus ojos una expresión de sorpresa inenarrable.

—He pasado un rato muy agradable —le digo—. Por favor, ¿quieres darme los cien dólares?

Maxie asiente. Si he derrotado a Lorna, ¿qué no haré con ella?, debe pensar.

Me devuelve el dinero. Dejo la barra sobre el mostrador.

—Hazte un par de pulseras —me despido.

Cuando salgo a la calle, Maxie no ha despegado todavía los labios.

\* \* \*

Llevo en las manos un gran ramo de rosas y Minerva me contempla con asombro y agrado a un tiempo.

—¿Por qué, Dusty?

—Me pareció que debía hacerlo —contesto.

Ella se apodera de las flores. Viste muy sencillamente, con la sencillez propia de la elegancia, que es innata en ella. Hay algo que no puede ocultar, sin embargo, y es su figura, realmente exquisita. Se da cuenta de que la contemplo embobado y se ruboriza.

—No me mire así —dice—. Soy una chica corriente.

—Yo pienso todo lo contrario; es usted algo fuera de todo lo común.

Mis elogios le halagan, esto es evidente. Coloca las flores en un jarrón y me invita a pasar al comedor. La mesa está ya puesta. El gusto de Minerva se manifiesta hasta en los más ligeros detalles.

El menú es delicioso. Como con el apetito de un lobo. Ella me contempla satisfecha.

—¿Siempre tiene este apetito?

—Por regla general, sí, pero más esta noche... Oiga, ¿quién ha sido la cocinera? Me gustaría felicitarla...

—Se lo diré mañana, Dusty.

—Sí, dígaselo... Ha sido usted —exclamo.

—A veces, aunque no siempre, me gusta meterme en la cocina. Pero dejemos esto. ¿Por qué no hablamos mientras tomamos el café?

Nos vamos a un diván. Después de una taza, Minerva, inevitablemente, me pregunta cómo van las cosas.

—Han muerto dos de la banda —respondo—. Por tanto, quedan dos y la mujer.

—Uno quiso matarle en su propia casa...

—Y el otro, me tendió una trampa, que se volvió contra él. La bomba que me destinaba, le explotó en los pies.

—Leí el suceso, pero no lo relacioné con usted.

—Están muy inquietos y nerviosos. Hoy mismo han tratado de atacarme nuevamente.

Minerva abre mucho los ojos.

—¡Por Dios, Dusty! ¿Cómo ha sucedido?

Se lo cuento. Ella se muestra muy impresionada.

—¿Tuvo que entrar en esa casa?

—Minerva, usted conoce muy poco de la vida. No tiene ni idea de la cantidad de gentes de todas clases con las que tengo que tratar. Este mundo es un asco... aunque, claro, a veces, se encuentra uno con personas que le hacen mirar la existencia con más optimismo.

—¿Por ejemplo?

—Si se lo digo, me va a echar de casa.

Ella vuelve a ruborizarse.

—Gracias, Dusty —murmura—. No sé, a veces pienso que tardaré todavía mucho tiempo en superar aquel horrible trauma... Hay momentos en que creo que jamás lo lograré... y entonces me siento terriblemente desalentada.

—Comprendo, aunque opino que eso puede tener una solución relativamente fácil.

—¿Cuál, Dusty?

—Es una mujer hermosa. No todos los hombres son malos. Algún día, encontrará alguno que le haga olvidar por completo todo lo que pasó.

—Es posible, aunque no sé si existe ese hombre en alguna parte.

—Ya lo encontrará —aseguro.

Le miro atentamente. Su hermoso pecho palpita suavemente. Me dan ganas de abrazarla, de besar sus labios, tan frescos y jugosos, de murmurarle palabras de consuelo al oído... pero pienso que quizá es prematuro y que no conviene quemar etapas.

Si pudiera encontrar a la mujer que organizó el secuestro...

De repente, me doy cuenta de un detalle que puede ayudarme mucho en esta parte de mis investigaciones. ¿Por qué no se me habrá ocurrido antes?

—Minerva, quiero hacerle unas cuantas preguntas. Puede que le resulten enojosas, pero comprenda mi situación y trate de contestarme con absoluta sinceridad, por crudas que le parezcan.

¿Ha entendido?

—Sí, Dusty.

## CAPÍTULO VIII

Enciendo un cigarrillo. Quizá la hiera, pero no tengo otro remedio.

—Minerva, a usted la secuestraron para conseguir un rescate de medio millón, prácticamente todo lo que tenía.

—Sí.

—Según he podido apreciar, fue una operación técnicamente perfecta. Pero ¿por qué elegirla a usted precisamente?

—Bueno, les interesaba mi dinero...

—En esta ciudad, hay personas que podrían pagar cantidades muy superiores sin rechistar. No tiene sentido elegirle a usted, a menos que se trate de una venganza personal.

—¿Una venganza? —se asombra ella.

—Sí. Le despojaron de su dinero y, además, le sometieron a mil vejaciones. En todo momento, la mujer estaba presente.

—En efecto, así era.

—Y, según parece, la mujer parecía disfrutar mucho viéndola humillada.

Minerva, roja como una guinda, asiente.

—En alguna época de su vida, usted ofendió gravemente a una mujer —prosigo—. Esa mujer no le perdonó la ofensa y se vengó en cuanto tuvo una ocasión propicia. Que luego se haya convertido en la capitana de una banda de atracadores, no altera lo sustancial de unos hechos que se produjeron hace más de un año. Naturalmente, la mujer tiene que ser joven y atractiva. Recuerde, haga un esfuerzo, piense a qué amiga suya causó una ofensa, aunque fuese involuntaria.

Los labios de la joven se contraen.

—No... no hay más que una...

—Cuéntemelo todo, por favor.

Ella cierra los ojos un instante.

—Sucedio hace casi dos años. Ella iba a casarse o, por lo menos, así lo creía, con un hombre... Yo le gustaba también a aquel hombre y él no me disgustaba del todo. Es una situación que se ha producido infinidad de veces...

—Sí, la chica que le quita el novio a una amiga. Pasa con frecuencia. Pero continúe, por favor.

—Ella nos sorprendió un día en mi casa. Estábamos abrazados. No sé lo que hubiera ocurrido, de no haber llegado mi amiga... Sinceramente, creo que yo habría cedido... Ella lo vio claramente y se enfureció de un modo espantoso. Salió de casa y no la he vuelto a ver más.

—¿Y el hombre?

Minerva hace un gesto de disgusto.

—Sólo quería una cosa de mí. Se marchó a los pocos momentos. Tampoco he vuelto a verle más.

—Al menos, me dirá su nombre...

—Es inútil. Un automóvil lo atropelló semanas después. Murió en el acto.

—¿Cómo se llamaba ella?

—Elaine Chamber. Era muy hermosa; tenía un pelo negro que era la atracción de todo el mundo. Pero también tenía un genio muy vivo. Y, ahora que lo pienso, era bastante rencorosa.

—Entonces, tuvo que ser ella, a la fuerza. ¿No tiene la menor idea de dónde puede encontrarse ahora?

Minerva hace un gesto negativo. Yo le palmeo la mano suavemente.

—La encontraré —aseguro—. Es de su edad, me imagino.

—Tiene tres años más que yo. Acabo de cumplir los veinticinco.

—Muy bien. Ahora, por favor, la última pregunta. Entre amigas, hoy día sobre todo, esto se comenta... y se sabe. Pero puede que fuese un detalle que influyese en Elaine para decidir su venganza en ese sentido.

—No entiendo...

Le espeto la pregunta cómo un disparo.

—¿Era usted virgen cuando la secuestraron?

—¡Dusty! —grita ella.

Me pongo en pie. Su protesta es significativa.

—Elaine lo sabía y quiso vengarse de ese modo —me despidió.

\* \* \*

Cuando llego al bar de Luke, pasan ya de las doce de la noche. Está desierto, sin ningún cliente. Luke y la barmaid no se ven por ninguna parte. Paso al otro lado del mostrador. De pronto, oigo voces suaves, tiernas, acariciadoras.

Entreabro una puerta. Luke y Polly están en la cama, ella debajo, naturalmente. Es un espectáculo delicioso. Sonríe y dejo que continúen con una tarea tan agradable.

Vuelvo al mostrador y me sirvo una copa. Hago un poco de ruido. Luke aparece a los pocos momentos, con los faldones de la camisa fuera, sujetándose los pantalones de mala manera.

—Por todos los diablos... Creí que la puerta estaba cerrada...

Levanto la copa.

—Por Polly, que está muy apetitosa.

—Un hombre debe tener compañía —gruñe Luke—. No soy tan viejo, demonios.

Polly aparece ahora, arreglándose el pelo.

—Hola, Dusty.

—Hola, guapa.

—Luke, voy al baño un momento —anuncia la *barmaid*—. No tardes, cariño.

—Iré enseguida —aseguro—. Luke, se llama Elaine Chambers, tiene veintiocho años, un pelo negro precioso y una figura maravillosa. —Saco un buen montón de billetes y los dejo sobre el mostrador—. Moviliza a tus amigos —le digo por encima del hombro.

—Debe de ser muy urgente, ¿eh? —exclama Luke.

—Sí, lo es —contesto, ya desde la puerta de la calle.

Regreso a casa. Cuando abro la puerta, veo que hay luz encendida. Alguien se pone en pie y sale a mi encuentro.

—Edwina, ¿qué haces aquí?

Ella se me acerca, ondulando sinuosamente.

—Me acordé súbitamente de lo que pasó la otra tarde...

Acerca la nariz a mi hombro y aspira fuertemente.

—Un buen perfume —añade, maliciosa.

—Tengo una cliente que le gustan los perfumes caros — respondo—. ¿Puedo servirte en algo?

—Sí.

Edwina se quita la blusa. Sus pechos, redondos, espléndidos, quedan al descubierto.

—¿De qué manera puede servir un hombre a una mujer? — añade, sin quitarme ojo de encima.

La falda cae al suelo. Ahora está solo con unas braguitas que tienen poquísima tela, muy transparentes. Lentamente, como una artista de *striptease*, se suelta uno de los nudos que sostienen la única prenda que le queda. Unos centímetros de algo parecido a una tela de araña caen al suelo. La veo espléndidamente hermosa, terriblemente sensual...

Me acerco a ella y noto que empieza a estremecerse.

—Vamos ya, Dusty —suspira.

Bruscamente, la atraigo hacia mí. Ella me abraza. Su lengua horada mi boca. Correspondo ardientemente. Sigo acariciándola. Edwina pone en el beso toda su experiencia, todo su fuego...

—Vamos —dice de nuevo.

—No hace falta usar el dormitorio —murmuro.

Hay una alfombra gruesa, mullida, suave. Edwina sonrío y se deja caer blandamente, con el impudor propio del deseo que la consume. Cuando me arrojo sobre ella, emite un quejido casi animal. Es uno de esos momentos que uno querría hacer eternos. Pero, inevitablemente, sobreviene el final, que nos deja atontados durante unos minutos.

Todavía abrazado, la miro y sonrío.

—Hembra de fuego —digo.

Ella me mordisquea el labio inferior. Es indudable que querría prolongar la sesión amorosa, pero yo ya tengo bastante.

—Por favor —suplica.

Me pongo en pie.

—Querida, no olvides que tengo que trabajar y eso significa levantarse temprano.

Edwina suspira resignada.

—Tendré que retocarme —dice.

Se aleja hacia el baño, espléndida como una diosa pagana. Veo sus pechos que se balancean con el compás de la marcha. Sin poder

contenerme, corro hacia ella y la alcanzo al borde de la bañera. Ella gira en redondo y vuelve a abrazarme. Nos amamos de nuevo, brutal, bestialmente, como animales en celo, sin importarnos en absoluto el suelo frío y desnudo del baño. Todo nos es indiferente en estos momentos. Sólo sentimos el volcán que nos consume.

Después, ella me pasa una mano para la cara.

—Continuará en el próximo episodio —dice.

—Seguro, nena.

Más tarde, voy al dormitorio. Caigo como un leño sobre la cama y duermo de un tirón hasta la mañana siguiente.

\* \* \*

Han pasado dos días. Todo parece seguir igual. No adelanto un paso más. A veces, sin embargo, tengo la sensación de que alguien me vigila. Vuelvo la cabeza con frecuencia, pero no consigo captar ningún rostro sospechoso.

Al tercer día, me llama Luke.

—Tengo noticias para ti —dice.

—Iré enseguida —contesto.

Me visto rápidamente y salgo de casa. Cuando voy a acercarme al coche, veo brillar algo que parece un hilo de tela de araña.

Está debajo de la rueda delantera izquierda. El coche ha quedado con el morro frente a la casa, para salir en marcha atrás por el sendero hasta la calle. No es ése un sitio adecuado para que una araña hile su tela.

Receloso, me agacho y rozo el hilo con los dedos. Es un cable metálico muy fino, pero resistente. Hay una clavija profundamente hincada en el suelo y disimulada con un poco de arena y gravilla. El otro extremo del hilo está unido a la anilla de una granada de mano, sujeta a la suspensión.

Al lado de la bomba, hay un paquete con seis cartuchos de dinamita. Una bonita manera de enviar a un hombre volando hasta el cielo.

Entro en casa, busco unos alicates, salgo y corto el cable. Luego me tiendo en el suelo para quitar los explosivos. Al terminar, estoy sudando como un cerdo, y no precisamente por el esfuerzo.

Un coche me salvó la vida en una ocasión. Pero se trataba

solamente de una bomba de mano. Ahora hubiera terminado hecho pedazos. Tras alguna vacilación, guardo la bomba y la dinamita en el maletero. Quizá tenga ocasión de devolverles el regalo.

Tengo que mudarme; he ensuciado la ropa. Ello me retrasa bastante y Luke me acoge con un gesto de disgusto.

—Empezaba a pensar que no vendrías —se queja.

—Me pusieron una bomba en el coche. He estado desmontándola.

—¡Demonios!

—Como lo oyes, Luke.

Mi amigo mueve la cabeza.

—Es un jodido asunto —dice—. ¿Por qué no lo abandonas?

—Porque no me sale de los cojones. Habla de una puta vez —contesto malhumoradamente.

—Está bien, está bien, no te pongas así... El cuarto miembro de la pandilla puede ser un tal Guy Rimmlers.

—¿Eso es todo?

—Tienes amigos en la Policía. Ellos pueden ayudarte.

—De acuerdo. Gracias, Luke.

Polly sale en ese momento. Me sonrío amistosa.

—Una vez vi a Rimmlers —dice.

—¿Cómo es? —pregunto interesadamente.

—Bajo, fornido, con la cara de un gorila. Ten cuidado. Podría destrozarte con las manos.

Me acuerdo de Lorna, la luchadora.

—Lo dudo mucho —respondo—. Luke, suelta a tus mastines. Quiero saber dónde se esconde Rimmlers.

—Haré lo que pueda.

El teléfono suena en aquel momento. Polly se aleja, levanta el aparato, escucha un instante y luego extiende el brazo.

—Para ti, Dusty.

Extrañado, me acerco al teléfono. En mis oídos suena una voz conocida:

—Dusty, creo que tengo algo importante para ti —dice Minerva.

—¿De veras?

—Sí. Ven pronto, te lo ruego.

—Está bien, iré enseguida.

Cuelgo el teléfono y regreso junto al mostrador. Polly me acerca

un vaso.

—Gracias, ahora no me apetece. Luke, pagaré mil pavos al que me indique el paradero de Rimmlers.

—Estás loco, tú —bufa mi amigo.

—Mil dólares —insisto.

Luke se encoge de hombros. Polly me sonrío.

—Ve tranquilo, Dusty.

Salgo a la calle. Un poco más allá, diviso a Kerry Miller. Me acerco a él y le ofrezco un cigarro. Miller lo mira críticamente y se lo guarda en uno de los bolsillos de su mugrienta chaqueta.

—No vuelvas más por casa de Maxie Hunt —le digo.

—Ya me he enterado de lo que pasó. Pero tú no conoces la segunda parte.

—¿Ah, hubo segunda parte?

—Lorna, la luchadora, empezó a discutir luego con Maxie. Le acusaba de no sé qué; parece que le faltaba algo de dinero, ¿sabes? El caso es que las palabras subieron de tono y Lorna acabó arreándole a Maxie tal mamporro, que le rompió la mandíbula. Ahora, Maxie está en el hospital y Lorna, en la cárcel. Es una luchadora profesional y no puede hacer ciertas cosas.

—Resulta divertido, ¿verdad, Kerry?

El vagabundo me guiña un ojo.

—Sí, mucho —dice.

—¿Hay algo sobre Charles? —pregunto.

—No, nada todavía.

—Está bien. Adiós, Kerry.

\* \* \*

Dejo el coche en las inmediaciones de la casa de Minerva y continúo a pie. Hay otro automóvil estacionado ante la casa, pero no reparo demasiado en él. Atravieso el pequeño jardín y llego a la puerta. Cuando voy a tocar el timbre, parece que éste resuene en el interior de mi cerebro, aún antes de haber oprimido el pulsador.

Me vuelvo lentamente. Ese coche azul...

Recuerdo con toda nitidez uno al que se acercó un tipo llamado Fisher y al que le volaron la cabeza de dos disparos. Desde un coche como el que estoy viendo ahora, me arrojaron una bomba de mano.

Un súbito escalofrío me recorre la espina dorsal. ¿Quién está dentro de la casa?

Mi primer impulso es irrumpir como un toro, pero me doy cuenta de que puede resultar perjudicial. Hago girar el pomo. La puerta no está cerrada con llave. Empujo y aguzo el oído. No se oye nada. Quizá ese coche pertenece a otro individuo.

De repente, veo los tacones de unos zapatos femeninos que asoman por detrás de un gran diván. El corazón me da un vuelco.

Paso al otro lado. Es la doncella de Minerva. Tiene sangre en un lado de la cara. Me arrodillo junto a ella y le tomo el pulso. Está solamente desvanecida, aunque luego le costará unos cuantos días de hospital. Le han pegado fuerte.

En la casa continúa el silencio. Paso a paso, me voy moviendo hacia el interior. De pronto, veo una puerta entreabierta.

Empujo un poco. Una horrible escena se presenta ante mis retinas.

Minerva está tendida en la cama, completamente desnuda, los ojos desmesuradamente abiertos, con una expresión de horror infinito en su bello rostro. Sus ropas yacen rasgadas en el suelo.

Hay un hombre frente a la cama. Es bajo, fornido, de cráneo simiesco y orejas muy despegadas. No cabe duda, es Rimmlers.

El forajido no se ha dado cuenta de mi presencia. Dudo mucho de que Minerva me haya visto. Aunque despierta, no está consciente. El terror la mantiene inmóvil. Su mente se niega a admitir la realidad.

Rimmlers suelta una risa baja, siniestra. Da un paso más. Ahora se arrojará como una bestia en celo sobre Minerva y...

Adelanto un paso y le toco en el hombro.

—Hola, Guy.

## CAPÍTULO IX

Rimmlers es un hombre de reacciones veloces, fulgurantes. Apenas he hablado, gira en redondo, con el brazo extendido, rígido como un garrote. También yo soy rápido y me agacho. El brazo pasa por encima de mi cabeza. Disparo el puño y se lo clavo en el estómago; Rimmlers resopla y da un salto atrás.

Sus ojos brillan demencialmente.

—El detective —murmura.

Se echa a reír.

—Tengo un recadito para ti —dice—. Luego me ocuparé de esa zorra.

Y saca su pistola, pero, en el mismo instante, mi mano derecha cae sobre su muñeca y hace saltar el arma. Con el mismo movimiento, le arreo un tremendo patadón. Busco los testículos, pero fallo y le alcanzo en el lado izquierdo de la ingle.

Aun así, el golpe no ha sido cosa de broma. Rimmlers, el rostro contraído por el dolor, retrocede unos pasos, inclinado hacia adelante, las manos en el lugar afectado por el impacto de mi zapato.

Muevo el pie de nuevo. Su revólver va a parar debajo de la cama.

—Tenemos que hablar —le digo.

Rimmlers mueve la cabeza. En silencio, dice que no. En silencio, yo le digo que sí.

De pronto, salta hacia mí. Me echo a un lado y le arreo dos tremendos puñetazos seguidos en la nuca. Habrían derribado a un buey, y, en efecto, Rimmlers cae, pero se levanta, rebotando como una pelota, y gira de nuevo hacia mí.

Es evidente, sin embargo, que ha perdido la iniciativa. Al girar,

le arreo un espantoso patadón en un costado, que lo tira hacia el lado opuesto. Antes de que se levante, vuelvo a patearle, ahora en el muslo derecho, por detrás. Parece que no, pero es un golpe que duele muchísimo y Rimmlers lo acusa. De pronto, mueve una mano, me alcanza en la pierna izquierda y caigo de espaldas.

Rimmlers se me echa encima. Lo recibo con los dos pies juntos, estrellándoselos en la cara. Salta hacia atrás, gritando horriblemente de dolor. Hay sangre en su boca. Me levanto y voy hacia él. Intenta golpearme, desvía fácilmente su ataque y le arreo un tremendo mamporro en la boca.

Oigo ruido de dientes rotos. Los ojos de Rimmlers están inyectados en sangre. Resiste el castigo. Es, indudablemente, un fenomenal encajador. Esta vez me alcanza de lleno en el pecho y me parece que he sido coccado por un percherón.

Retrocedo, con los pulmones vacíos. Rimmlers se recobra un poco. Dispara venenosamente el pie derecho. Tengo el tiempo justo de agarrar su tobillo y retorcérselo. Para evitar que se quiebren los huesos, gira en el mismo sentido y eso le hace caer al suelo. Salto sobre él y caigo de rodillas sobre sus hombros. Rimmlers aúlla. Agarro sus orejas y tiro hacia atrás. Tiene que levantar la cabeza y yo sigo tirando con todas mis fuerzas. Oigo ruido de carne rasgada. Su oreja derecha empieza a sangrar.

De pronto, lo suelto. Con la mano derecha, de palma, empujo violentamente su cabeza y la nariz se aplasta contra el suelo. Repito el golpe una, dos tres veces...

La cólera ha puesto una venda sobre mis ojos. Rimmlers ya no se resiste. Es sólo un cuerpo inanimado, pero yo no veo nada; sólo pienso en lo que ese tipo iba a hacerle a Minerva. ¿O lo había hecho ya?

De pronto, siendo una mano que se apoya en mi hombro.

—Basta, Dusty.

Vuelvo la cabeza un poco, sin abandonar mi posición. Minerva, aún desnuda, está en pie, algo inclinada hacia mí. Su rostro expresa cierto reproche.

—No sigas —suplica.

—Este tipo quiso... O tal vez yo llegué tarde.

—No has llegado tarde, Dusty.

Respiro aliviado.

—Ponte una bata al menos —indico.

Ella asiente. Debajo de mis rodillas, Rimmlers empieza a rebullir.

—¿Dónde está Elaine Chambers? —pregunto.

—No lo sé. Nunca nos vemos...

—Salvo cuando dais un golpe juntos.

El silencio de Rimmlers es significativo.

—Y, naturalmente, no sabes dónde vive.

Rimmlers sigue callado.

—¿Dónde está Charles?

El tipo persiste en guardar silencio. Muevo la mano.

—Minerva, debajo de la cama hay un revólver —indico.

—Dusty, no...

—¡Tráelo o me marchó y te dejo con este tipo! —grito descompuestamente.

Ella obedece, con el temor retratado en sus ojos. Agarro el revólver y aplico la boca del cañón a la nuca de Rimmlers.

—Tienes cinco segundos exactamente para decidirte. Si no había pasado ese tiempo, apretaré el gatillo.

—No se atreverá —se mofa el sujeto.

Aflojo un poco las rodillas. Rimmlers aprovecha para girar, pero no le dejo que se levante; solo le permito que quede boca arriba. El revólver apunta ahora a uno de sus ojos.

—Eso es lo que quería —le digo, satisfecho—. Cuando la Policía encuentre tu cadáver, verán que has recibido el disparo por delante. Una bala en la nuca levantaría sospechas en el acto. De la otra forma, no habrá compromisos. Legítima defensa, ¿entiendes?

—Así lo declararé —interviene Minerva.

Rimmlers se da cuenta de que la cosa va en serio y se lame los labios.

—Está bien —cede finalmente.

Indica un domicilio. Hago un gesto con la mano.

—Minerva, trae cordones de cortinas —pido.

Diez minutos más tarde, Rimmlers está tan atado como un salchichón. Me mira con odio y escupe una obscena palabrota. Saco mi pañuelo y le tapo la boca.

—¿Qué vas a hacer ahora? —pregunta Minerva.

—Voy a buscar a Charles.

—Pero...

—Tu doncella está herida. Llama a una ambulancia. Di que un ladrón entró a robar, pero que escapó al ver que la chica no estaba sola.

—Sí, Dusty.

—Te dejo el revólver. Si Rimmlers quiere escapar, dispara.

Minerva inspira con fuerza. Yo agarro al sujeto y lo llevo a otra habitación. Para mayor seguridad, arranco otro cordón de cortina y lo ato a la cama. Salgo y cierro con llave.

Minerva está en el teléfono. Cuando termina de hablar, se vuelve. Le pongo las manos en los hombros. Noto que tiembla.

—Oh, Dusty... Sentía tanto miedo... Te veía y quería gritar y moverme, pero no podía...

La abrazo tiernamente y acaricio sus cabellos con una mano.

—No temas, todo ha pasado ya —murmuro.

—Pero te marchas...

—Quiero sorprender a Charles. Tengo la impresión de que es el más listo de todos, el único que debe de saber dónde se esconde Elaine.

—Ten cuidado, Dusty.

—No te preocupes.

\* \* \*

Me siento satisfecho. Saber que he llegado a tiempo, me proporciona una rara alegría. Pero, sobre todo, lo más importante para mí, es saber que Minerva ha sabido superar este trance. Cuando le vi en la cama, completamente inmóvil, aunque me daba cuenta de que estaba viva, llegué a pensar que caería en una profunda depresión y que le duraría un tiempo interminable. Se ha recuperado y eso es lo mejor de todo.

Charles reside en una casita muy hermosa, con jardín. En la vecindad debe pasar por un empleado soltero, con buenos ingresos. Será amable con los niños y acariciará la cabeza de los perros. Pero hace años, tomó parte en una violación colectiva. Y forma parte de una banda que ha asaltado ya cinco Bancos.

Lentamente, doy vuelta a la casa. Todo parece tranquilo en el interior. Detengo el coche a una distancia prudencial, me apeo y

voy caminando a pie. Miro por la puerta trasera. No hay signos de vida.

Abro la puerta muy despacio. Aguzo el oído. Me parece escuchar un ronquido. Vacilo unos segundos. De pronto, se me ocurre una idea.

Saco mi agenda, arranco unas cuantas hojas, hago una bola y me la meto en la boca. Mastico con fuerza, añadiendo saliva en abundancia. Paso a paso, me acerco al interior de la casa. Abro otra puerta.

Charles duerme boca arriba, pacíficamente. A su lado, sobre la mesilla de noche, veo una pistola.

Pisando de puntillas, me acerco a la pistola. Saco el papel de la boca y lo meto en el cañón, atascándolo fuertemente con el pulgar. Dejo el arma y me retiro unos pasos.

—Charles —llamo con fuerza—. No se mueva, le estoy encañonando.

El sujeto despierta, terriblemente sobresaltado. Yo tengo la mano metida en el bolsillo derecho de la chaqueta. Charles capta el detalle y se queda inmóvil.

—Soy Farralon —añado.

Charles me mira intensamente.

—Ha conseguido dar conmigo —dice.

—Gracias a su amigo Rimmlers.

—¡No! —grita, furioso.

Muevo la cabeza afirmativamente.

—Cuando es preciso, soy muy persuasivo.

—Rimmlers resistiría...

—Resistiría todo menos un revólver aplicado a su frente.

—Usted no se atrevería a disparar contra un hombre desarmado, suponiendo que hubiera conseguido echar el guante a Rimmlers.

—Charles, cuando sorprendí a su amigo, se disponía a violar de nuevo a la señorita Graham. Trate de ponerse en mi lugar y piense cómo me sentía yo en esos momentos.

—Está bien. ¿Qué quiere ahora?

—¿Quién mató a Gartner?

—No fui yo.

—Pero sí disparó contra Fisher.

Los labios de Charles se contraen.

—Era un maldito soplón...

—No se crea que voy a lamentar su muerte. ¿Recuerda a Corrie?

—Le gustaba mucho jugar con las bombas de mano.

—Y yo le puse una en los pies.

—Fue usted —dice Charles, admirado.

—Libré al mundo de un perfecto hijo de perra —contesto.

—¿Dónde está Rimmmlers ahora?

—No se preocupe. Dígame, en cambio, dónde está Elaine.

El tipo sonrío.

—De modo que eso es lo que busca, Farralon.

—Hace un año, Elaine concibió y ejecutó el secuestro de Minerva Graham. No lo hizo por el dinero solamente, sino por vengarse. Buscó a cuatro canallas y los arrojó como lobos sobre una mujer indefensa.

—Comprendo. ¿Tiene algún interés personal en el caso?

—Usted, ¿qué cree?

—Bueno, puede ser... Supongo que querrá saber dónde vive Elaine.

—Sí, Ethan.

—No lo sé.

—¿Me ha tomado por tonto?

—Es una mujer muy lista. Siempre usa el teléfono. Nunca quiso decirnos dónde vive. La ciudad es grande, Farralon.

Mis cejas se contraen.

—Pero, alguna vez, la llamarán por teléfono.

—Nosotros a ella, jamás. Ni siquiera lo sabemos.

—Oiga, Ethan. Elaine es una mujer muy guapa. ¿No se ha acostado nunca con ella?

Charles emite una risa amarga.

—Una vez lo intenté y estuvo a punto de pegarme un balazo en los huevos. Para mí que esa prójima es lesbiana.

—Pero acata sus órdenes.

—Hasta ahora, todo ha salido a la perfección.

—Sí, claro. Millón y medio, con el secuestro y los atracos, viene a resultar a unos trescientos mil por cabeza.

—Nuestra parte es un poco inferior. Doscientos cincuenta mil.

—Para un año de trabajo, no está mal, sobre todo, si se considera que no pagan impuestos.

Charles hace una mueca.

—Farralon, ¿por qué diablos tiene tanto interés en nosotros?

—Hubo una víctima en el último atraco. Era el marido de mi hermana.

—Lo siento.

—Eso no le devolverá la vida.

—Escuche —grita desesperadamente—. Tengo dinero. Siento lo de ese pobre hombre.

Le vi levantar la mano, creí que llamaría a algún policía...

—Y, claro, no pudo contener su índice.

—Tengo dinero —insiste Charles, terco—. En un cajón guardo más de cien mil. Lléveselo todo, entrégueselo a la viuda... pero deje que me vaya. Tome mi pistola, si no se fía de mí...

Muevo la cabeza negativamente.

—Charles, en este mundo no hay dinero suficiente para pagar la pérdida de un esposo, no hay millones para compensar a tres niños de la muerte de su padre... ¿Lo entiende claramente?

La frente del sujeto está cubierta de sudor. De súbito, lanza un ronco aullido.

A la desesperada, se tira fuera de la cama. Mientras voltea, agarra la pistola. Queda arrodillado sobre la alfombra, empuña el arma con las dos manos, apunta y aprieta el gatillo.

En el último instante, durante una centésima de segundo, veo su cara. Adivino que se extraña de mi tranquilidad, que no le parece normal que yo siga inmóvil, sin sacar el revólver. Pero ya es tarde, su dedo se ha crispado sobre el gatillo.

La pistola explota con un ruido muy raro. La mano izquierda de Charles sale despedida violentamente. Un trozo de metal rasga su yugular, con la facilidad de una navaja de afeitar. Brota un chorro de sangre, que llega casi a un metro de distancia.

El ojo derecho ha sido arrancado por la explosión, junto con un pedazo de la nariz. Charles me mira con el ojo izquierdo, negándose a creer en lo que le ha sucedido. De pronto, lanza un atroz ronquido y se viene de bruces al suelo.

Patatea convulsivamente. Sus espasmos se hacen cada vez más débiles, más lentos... El suelo es un lago de sangre.

Giro en redondo y busco el teléfono.

—¿Policía? Vengan inmediatamente...

Doy la dirección y me pongo un cigarrillo entre los labios. La banda está destruida. Sólo queda la mujer.

Pienso encontrarla antes de que termine el día.

\* \* \*

El sargento Jarvis me mira con recelo.

—No acabo de creérmelo, Dusty.

Levanto los hombros.

—Piensa lo que gustes —respondo—. Las cosas están bien claras. Vine a hablar con él, quiso dispararme y le reventó el arma.

El forense sale en ese momento.

—Le enviaré el informe de la autopsia en cuanto pueda, sargento —se despide.

Dos sanitarios entran con la camilla. Jarvis sigue mirándome recelosamente.

—Te conozco un poco, Dusty —gruñe.

—¿De veras? —sonrío.

—Si ese tipo era lo que dices, no podía ser tan descuidado con la *herramienta* de trabajo.

—Un descuido lo tiene el más listo, sargento.

Jarvis empieza a contar con los dedos.

—Gartner, Corrie Smith y ahora éste —dice—. Falta uno. Y la mujer, claro.

—Charles no quiso decirme nada —miento. Aunque también es cierto que sigo ignorando dónde vive Elaine.

—A Gartner lo mataron en tu casa...

—No fui yo.

—Una bomba lanzó por la ventana a Corrie. Ahora, a éste le explota la pistola en la cara. Dusty, ¿por qué no dejas de hacer la guerra por tu cuenta?

Me voy hacia la salida. Tengo que apartarme a un lado. Los sanitarios pasan con la camilla, sobre la que hay un bulto cubierto con una sábana.

—Si averiguo algo, te llamaré, sargento —me despido.

Jarvis refunfuña y echa pestes, pero no le hago caso. Subo a mi coche y vuelvo a casa de Minerva.

Ella me acoge con inmensa alegría.

—No te ha pasado nada —exclama.

Acaricio su mejilla.

—Afortunadamente —contesto.

—¿Has visto a Charles?

—Sí.

—¿Y...?

—Ha muerto.

La cara de Minerva se oscurece.

—Dusty, tú no...

Demoro la respuesta un segundo. Al fin, digo:

—En realidad, yo no apreté el gatillo. Lo hizo él. Pero no puedo ocultarte que le preparé una trampa.

—Dusty, no debieras...

—Escucha bien esto que voy a decirte. No hay pruebas de lo que te hicieron. Hubiera resultado muy difícil demostrar que tomaron parte en los atracos. Ante un jurado, Charles habría negado siempre ser el que disparó contra mi cuñado. Iban maquillados, nadie hubiera podido identificarlos desde el estrado de testigos. Antes de dos meses, y es un plazo muy largo, estarían de nuevo en la calle, planeando más atracos.

—Pero tú no tienes poder sobre otros hombres —alega ella apasionadamente.

—¿Qué poder tenía Charles para matar al esposo de mi hermana? —grito, enfurecido.

Minerva baja la cabeza.

—Hubiera preferido que actuases de otro modo. ¿No eres tú el que dijo que yo no contrataba a un pistolero?

—Y no soy un pistolero. No les he tocado en absoluto.

—Pero, a dos; por lo menos, les tendiste sendas trampas.

—Lo admito. Sin embargo, ahora ya se trataba de mi propia vida. Recuerda lo que iba a hacerte ese bastardo de Rimmlers. Esta misma mañana, me pusieron una bomba y seis cartuchos de dinamita en el coche. Si no hubiese visto un hilo metálico que brillaba al sol, ahora estaría llorando por mí... y también por un nuevo ultraje. ¿Vas a llorar, en cambio, por la muerte de unos miserables?

—Veo que no nos entendemos, Dusty —dice ella tristemente.

—No, no nos entendemos. Lo mejor será que me marche... A

propósito, ¿por qué me llamaste? Aún no me has dicho...

Minerva me mira, sorprendida.

—¿Yo? Dusty, tú estás equivocado. Yo no te he llamado en todo el día —responde.

Me quedo perplejo un instante. Entonces, ¿quién...?

De pronto, me acuerdo de algo y echo a andar a través de la sala.

—Rimmlers sabe más cosas de las que dio a entender —digo por encima del hombro.

Abro la puerta y lanzo una exclamación de sorpresa. Rimmlers se ha escapado.

## CAPÍTULO X

Edwina se sorprende al verme en la puerta de su casa.

—¡Dusty!

—Hola, preciosa. ¿Puedo pasar?

—Claro.

Se aparta a un lado.

—¿Qué quieres beber? —pregunta.

—Nada. Sólo he venido a charlar un poco contigo.

—Muy bien. Anda, siéntate en el diván.

—Creo que estaré mejor de pie. Edwina, ¿te has enterado de la noticia?

—¿Qué noticia, Dusty?

—A un tipo llamado Ethan Charles le explotó hoy la pistola. Ha muerto.

—¿Quién era Charles?

—Disparó contra el marido de mi hermana.

—Oh... Entonces, te consideras vengado.

—Hasta cierto punto. Hay una mujer que dirige la banda.

—¡Qué fantasioso eres, Dusty! —ríe ella.

Se acerca a la consola de los licores y se prepara una copa. Luego se vuelve y me mira de una forma muy especial, ligeramente ladeada, con el pecho erguido, tratando de excitarme. Viste una larga bata, transparente. Una de sus piernas asoma por la abertura inferior, larga, perfectamente torneada.

—Ella vigilaba los golpes —sigo—. En los dos últimos atracos, se la vio con un coche deportivo, descapotable, de color dorado.

—Debe ser una mujer muy caprichosa.

—A ella no le cuesta nada ganar el dinero. Puede permitirse esos lujos y otros muchos.

—Indudablemente. Sigue, Dusty; esto se presenta muy interesante.

Enciendo un cigarrillo y expulso el humo.

—Hace algo más de un año, una joven fue secuestrada por una banda, dirigida por esa misma mujer y de la que formaban parte cuatro sujetos completamente desalmados. La secuestrada permaneció encerrada unos cuantos días. Le pidieron medio millón de dólares por el rescate. Como no quería pagar, los cuatro forajidos la violaron sucesivamente. En realidad, lo que se pretendía realmente era ultrajar a esa joven.

—Una violación...

—Colectiva, Edwina. Claro que, de paso, además de placer, obtenían dinero. Las dos cosas se pueden hacer perfectamente compatibles. Ella, la jefe, presencié las violaciones. Reía como una loca con los padecimientos de aquella pobre chica. En realidad, era su venganza. Aquella mujer despiadada, había tenido un prometido y un día lo encontró con la otra en una situación comprometida. Posiblemente, eso la desquició, hasta el extremo de pensar en una venganza, en el desquite de lo que, en cierto modo, era una humillación para ella.

»Es casi seguro que la mujer dejó pasar tiempo, mientras preparaba su plan, a fin de evitar fallos. Tenía que elegir a sus colaboradores y asegurarse de que eran los mejores. Cuando lo hubo conseguido, asestó su golpe. Luego, no sé por qué, debió pensar que había más dinero a su alcance y empezó a planear atracos, ejecutados a la perfección. Lo malo fue que, en el último, murió una víctima inocente.

—Lo sé, Dusty. ¿Qué más?

—Quizá te interese conocer el nombre de la mujer.

Tiene las mismas iniciales que tú. Se llama Elaine Chambers.

—No la conozco.

—Ella tenía una hermosa mata de pelo negro, una cabellera que llamaba verdaderamente la atención.

Me acerco a ella y le pongo la mano en la entrepierna. Se estremece.

—Dusty...

—Sacrificaste tu cabellera, cortándotela casi a ras... y la teñiste. Incluso teñiste el vello del pubis. Pero cometiste un error.

Ella está ahora muy rígida.

—¿Cuál, Dusty?

Agarro su brazo izquierdo y lo levanto.

—Aunque te rasures el vello de las axilas, se nota claramente que sigue siendo negro. No consideraste conveniente teñirlo también; pensabas que mi atención, al verte desnuda, estaría centrada en la entrepierna. De pronto, te recordé desnuda, yo sobre tu pecho, besándote los senos, con los ojos muy cerca de la axila...

Me separo un poco de ella. Está terriblemente pálida. Su respiración es rápida, entrecortada.

—Además, uno de los miembros de tu banda se apellida Rimmlers. Una vez te llamó por teléfono. Yo estaba delante. Posiblemente, fue el único que averiguó dónde vivías. Debí proponerte algún nuevo golpe aquel día y tú no quisiste aceptar su plan. Le llamaste Rim, ¿recuerdas?

—Eres astuto, Dusty. Yo sólo quería apartarte de tu idea de perseguirnos. Pude haber ordenado que te matasen y lo prohibí...

—Lo sé. Morris y Keegan quisieron darme una buena paliza. También lo intentó Lorna, la luchadora. Pero los otros no pensaban como tú. Pensaban que yo era mal enemigo vivo...

—Disparé contra Gartner. Incumplió mis órdenes.

—Al menos, en ese momento, me salvaste la vida. Pero luego, por dos veces, los otros me pusieron sendas trampas. No querías que me matasen... pero tampoco me hubieras llorado demasiado tiempo.

—Me acosté contigo...

—Querías sondearme. Aparte de que te gustaba como hombre.

Ella sonríe.

—Tú también quedaste muy contento. Me llamaste hembra de fuego —responde.

—No es una exageración —le digo.

—Está bien. ¿Qué piensas hacer conmigo, Dusty? En el mejor de los casos, no hay pruebas contra mí.

—Oh, es que yo no quiero que te pase nada.

—¿Cómo? —Se extraña.

Me acerco a ella y le pongo las manos en la cintura. Elaine, ahora ya puedo llamarla así, se estremece.

—Dusty, no me hagas sentirme débil —suplica.

Me acerco a ella.

—Ya no tienes por qué preocuparte —digo—. Gartner, Corrie y Charles están muertos. Rim ha desaparecido. Se ha dado cuenta de que las cosas están en contra de él y ha huido.

—Dusty...

—Te he librado de cuatro estorbos. Ahora estamos tú y yo solos. Ya no tienes nada que temer. ¿Adónde quieres que nos vayamos una buena temporada?

Elaine me mira un tanto perpleja. Luego sonrío.

—Oh, eres maravilloso, Dusty. Tengo dinero... Haremos un viaje muy largo... Iremos adonde tú quieras...

—¿Estás segura, puta asquerosa?

\* \* \*

La voz es de Rimmlers. Elaine grita. Yo me echo hacia atrás de un salto.

Rimmlers está como loco. Tiene una pistola en la mano.

Dispara una vez. Elaine gime, se lleva una mano al estómago.

Rimmlers dispara de nuevo. Otra bala se hunde en el hermoso cuerpo de la mujer de fuego. El forajido está como loco. Dispara una vez más. Elaine cae de rodillas.

—Por favor...

—Zorra, zorra, zorra... —repite Rimmlers sin cesar.

Elaine parece haber comprendido la verdad.

—Dusty, yo te salvé la vida...

«Por propia conveniencia, aunque si hubiese muerto, no me habrías llorado» —pienso.

Elaine extiende una mano. Rimmlers hace fuego de nuevo. La bala destroza la boca que tanto fuego tenía al unirse con la mía. Vuelan trozos de dientes por los aires. La cabeza de Elaine sufre una terrible sacudida.

Cae de costado. Rimmlers parece presa de un ataque de locura. Baja el arma y dispara dos veces más. Saltan chorros de sangre y trozos de hueso. El pie izquierdo de Elaine se agita espasmódicamente, pero se queda quieto muy pronto.

Entonces, Rimmlers parece volver a la realidad.

—¡Farralon! —Aúlla—. ¿Dónde está?

—Aquí —contesto.

Estoy arrodillado detrás del diván. Tengo un jarrón en la mano. Cuando el tipo se vuelve, ve volar el jarrón hacia su cara. Ya no puede evitar el impacto. El jarrón estalla y Rimmlers cae de espaldas.

Respiro con fuerza. Voy al teléfono y pido comunicación con el sargento Jarvis.

\* \* \*

Han transcurrido varios días. Todo ha concluido ya. Estoy en mi casa. Lllaman a la puerta. Abro. Es Minerva.

Le veo muy seria.

—No he tenido noticias tuyas, Dusty.

—¿Para qué? Ya tenías los periódicos. Era suficiente, ¿no?

—Pensé que irías a visitarme...

—No tenía ganas de escuchar reproches.

Ella se muerde los labios.

—Dusty...

—¿Sí?

—¿Sabías que Rimmlers estaba oyendo la conversación?

Hago un gesto de asentimiento.

—Te arriesgaste mucho —me reprocha Minerva.

—Era la única forma de dar fin al caso. No había pruebas contra Elaine. Resultó duro, pero no podía actuar de otra manera. Repróchamelo si quieres, pero no me harás variar de opinión.

Minerva suspira.

—Sí, lo sé —contesta.

Está inmóvil, en el centro de la sala. Veo sus senos que se agitan tumultuosamente. Hay palidez en su cara.

Adivino lo que piensa. Me acerco a ella.

—Minerva.

—¿Dusty?

La abrazo suavemente. Ella se deja encerrar en el cerco. Busco su boca. Me la ofrece.

Luego, poco a poco, le voy quitando la ropa. Minerva está tensa, rígida, pero no opone resistencia.

—Es preciso —le digo—. Quiero que superes el trauma. Debes

saber lo que pasa con un hombre, cuando éste te ama.

Ya está completamente desnuda. Sus dientes se unen prietamente. Yo le pongo las manos en la cintura.

—Minerva, si no puedes superarlo, dímelo claramente. Ya no volveremos a vernos más.

—Sí, Dusty.

La llevo al dormitorio, en penumbra. Me acuesto a su lado.

Durante largos minutos, permanecemos en silencio. Ella respira acompasadamente. Poco a poco, noto que se relaja.

De pronto, me llama:

—Ven, Dusty.

Procuro esforzarme en actuar con la máxima suavidad. Sin embargo, note que ella se va excitando cada vez más. Cuando se consuma la unión, lanza un pequeño grito de alegría y me abraza con todas sus fuerzas.

—Dusty, Dusty... —gime, liberada de todos sus temores—. Oh, esto es maravilloso...

Estamos absolutamente unidos, somos ya el uno para el otro. La habitación parece resplandecer. Ahora, Minerva se me entrega ya sin complejos, de una manera absoluta. Yo me esfuerzo en llenarla de placer. Al final, quedamos estrechamente abrazados, los cuerpos pegados, las bocas unidas en el último espasmo.

Transcurren unos minutos. Yo quiero que ella sea feliz, que sepa verdaderamente lo que es amor, amor físico y amor sentimental. Minerva se siente transportada a regiones en las que jamás tenía la remota idea. Luego, nos relajamos, lentamente, satisfechos mutuamente, dueños recíprocos de nuestros cuerpos y nuestras almas.

Estamos así largo rato, tiernamente abrazados, ahora el uno frente al otro. Minerva apoya la cabeza en mi hombro.

—Dusty, ¿será así siempre? —pregunta.

—Siempre, querida.

—Yo tenía un miedo horroroso...

—Pero también sabías que era preciso hacer un esfuerzo para superar tus temores. Sabías que era preciso llegar a ser una mujer plenamente realizada, ¿no es así?

Asiente dulcemente y me besa en los labios.

Luego pregunta:

—Dusty, ¿qué haremos ahora?

—¿Ahora o mañana o pasado mañana o el año que viene...?

Ríe alegremente.

—Era sólo una frase, querido.

—Bien, de momento, no te preocupes de mañana. Ahora, concéntrate en estar a mi lado.

La encierro en mis brazos. Ella se acurruca en mi pecho.

—Ya estoy contigo, Dusty.

—Así estarás siempre, Minerva.

Oigo que suspira, feliz, relajada, rotas las ataduras que la mantenían sujeta a un pasado de horror. Ese pasado ha desaparecido ya, envuelto en las nubes de humo de los disparos, que causaron la muerte de una hembra de fuego.

A partir de ahora. Minerva será mi hembra de fuego.

FIN



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena. Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de

escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.